

K. SPENCER



EL SENDERO DEL

ARA BÓN

# **El sendero del dragón**

K. Spencer

*El sendero del dragón*

*K- Spencer*

*Maribel N. M.*



*Dedicado a ti, lector/a, que te sientes atraído/a por los grandes enigmas de este mundo, para que en tu empeño incansable encuentres las respuestas que puedan saciar tu espíritu de búsqueda.*



*“La creación continúa incesantemente a través de los medios de comunicación del hombre.  
Pero el hombre no crea.....Descubre.*

*Los que buscan las leyes de la Naturaleza como un apoyo para sus nuevas obras colaboran  
con el Creador.*

*Copiadores no colaboran.*

*Debido a esto, la originalidad consiste en regresar al origen.”*

Antoni Gaudi ( 1852-1926 )

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.*

*La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*

*Reservados derechos de autor.*

*Registro de la propiedad intelectual*

*T-168-2017*

# Capítulo 1

La tarde presentaba un aire plomizo que se pegaba a las nubes, convirtiéndolas en masas gigantescas que caerían de un momento a otro sobre la faz de la Tierra aplastando todo vestigio de vida de un plumazo.

La ciudad convivía con la agitación propia de cada tarde: vehículos que desfilaban en una y otra dirección, llevando y trayendo gente sin parar por las principales avenidas que parecían un circuito infinito de carreras. Manipulados por alguna voluntad que jugase con un mando a distancia, a la que le gustara jugar con los humanos y ver hasta dónde son capaces de soportar entre tanto estrés e insufrible rutina.

En los suburbios se respiraba, sin embargo, el esperpéntico lado trasero de ese espejo donde todo parecía brillar y resultar consumible, apetecible. Allí, en construcciones extremadamente humildes y pésimas en habitabilidad, se ve a quienes no pueden acceder a la vorágine empresarial, financiera, y glamurosa de Detroit. Y es en esas condiciones —muchas veces miserables— donde se encuentran, entre quienes acaban como carne de cañón de la delincuencia, las verdaderas perlas de la ciudad, pues han sabido apartarse de ese margen de vértigo en medio de la adversidad conservando un mínimo de dignidad humana.

En algunos centros educativos, como el que tiene a Pamela como profesora, parece que se producen milagros, que se intenta llevar a cabo una nueva integración de jóvenes de esos suburbios para ofrecerles algo mejor que no sea delinquir, drogarse, o entrar en negocios clandestinos. Pero puede que algo oscuro se esté fraguando en esas altruistas intenciones. Algunos de esos jóvenes están empezando a demostrar un nivel de vida demasiado alto para lo que se pueden permitir. Estamos hablando de chicos con 16 años que, aunque a duras penas pueden sus familias pagar el suministro de luz en sus casas, ellos llevan al instituto demasiado dinero en sus bolsillos... y eso está empezando a ser demasiado sospechoso. Pues ni sus padres están al corriente de dónde viene esa fuente de ingresos. Y aquí comienza esta historia, en esa tarde en la que nuestra profesora va a tener una extraña visita...

Pamela seguía en su despacho, rodeada de dossiers por corregir. Todos en el instituto habían marchado ya, pero ella se quedó para estudiar un caso especialmente particular: el de su alumno más problemático, tratando de comprobar si la ayuda recibida por parte del equipo psicopedagógico había surtido efecto, o no, en sus avances académicos. Tampoco quería que ese muchacho cayera —como los otros— en esa red que seguramente estaría poniéndole el cebo hasta que picara.

Tenía obsesión por conseguir mejoras en todos sus alumnos, hasta el punto de sacrificar su vida privada, entregándose por completo a su labor como tutora. Y aún más ahora que sentía que podría desenmascarar toda una mafia que quizás se aprovechaba de algunos de sus alumnos. Después, sería ya demasiado tarde, todo se desvanecería como la niebla al amanecer. El instituto cerraría sus puertas el curso siguiente. La arquidiócesis tenía problemas financieros y decidió vender colegios para salir a flote. Solo los seleccionados profesores pasarían —desde su entonces central ubicación— al nuevo edificio: en el ala superior oeste de la ciudad. Por ello, se dejaba el alma en su particular investigación, además de ser una perfecta educadora.

En el dossier de ese muchacho, llamado Oliver, figuraban los ejercicios de la semana, todos ellos llenos de garabatos y tachaduras, haciendo que la frustración se apoderara cada vez más de Pamela, agotada tras una jornada intensa de valoraciones del segundo trimestre.

Se echó las manos a la cara, intentando apaciguar la sensación de impotencia que la estaba invadiendo. ¿Cómo podía hacer para que ese atormentado estudiante se tomara en serio las clases?

Sabía de sus problemas personales. Prácticamente, se había criado solo, en ausencia de los grandes pilares paternos, que desaparecían continuamente de su atormentada vida.

Abrió el cajón de la derecha y sacó una caja de aspirinas. Le dolía mucho la cabeza y no le hacía gracia tener que conducir hasta su casa con un nuevo episodio de migraña que le impidiera siquiera manejar su vehículo.

Dio un sorbo del café que le quedaba ya frío en la taza para tragar la pastilla, cerrando los ojos, como de costumbre. Permaneció así unos instantes, entrando en un estado de relajación que le hacía falta para olvidar todos sus problemas, todos sus pesares. Para concentrarse en algo más placentero, cogió entre sus manos el colgante que llevaba puesto: una cadena de plata con un espejito enmarcado. Se miró a través de él buscando el reflejo de todo lo que ese objeto representaba. Apartó unos mechones del flequillo para ver mejor sus ojos...tal y como le habían indicado en un *extraño grupo de amistades* que hacía muy poco había conocido en internet.

De repente, sintió como si alguien estuviese detrás de su espalda. Una corriente de pánico atravesó su cuerpo, dejándola inmóvil, quizás para congelar ese momento y que no avanzase, tratando de considerarlo una alucinación. Pero no lo era. Alguien, con extrañas intenciones, había entrado en su despacho. En silencio, sin que ella se diera cuenta. Iba vestido de negro, con una capucha que ocultaba su cabeza; y su rostro, tras una máscara.

Acto seguido, unas manos frías rodearon su cuello. Una voz masculina, llena de tensión, pronunció:

—No te des la vuelta o te mato. Quédate quieta y escúchame bien —un tipo le ordenaba mientras pasaba la hoja de un cuchillo por delante de su cara a la vez que con el otro brazo la sujetaba contra su cuerpo.

Pamela, desde su asiento, sin poder moverse apenas, con el corazón a todo galope, quería girarse para ver su rostro, pero sus ojos no pudieron ver más que una masa oscura, una capucha y la máscara blanca, que sonreía igual que un niño ante su tarta de cumpleaños, y que cubría toda la cara del misterioso intruso.

—He dicho que no te gires —insistió el asaltante, con la voz amortiguada por la careta, y siguió—: Y ahora quiero que grabes esto en tu puta cabeza: ¡Deja en paz a Oliver, o tendrás que lamentarlo!

—¿Oliver? Yo solo quiero ayudarle —dijo temblorosa Pamela, a punto de darle un infarto.

—Sé lo que estás haciendo. Te lo advierto. Deja de meterte en su vida —ordenó el tipo—. No juegues a salvar vidas. ¿Te ha quedado claro?

—No sé a qué se refiere. Soy su tutora, nada más —intentó justificarse Pamela. —la hoja del cuchillo iba dando vueltas, como si el agresor quisiera deslumbrarla con el brillo de su acero.

—Sí que lo sabes, señorita Pamela, lo sabes perfectamente. Y como sigas metiendo tus narices en todo lo que haga o diga Oliver, te puede ocurrir una verdadera desgracia. Y sería una pena. Tanto trabajar para acabar pasto de las ratas —sentenció el cínico extraño, con un tono realmente siniestro.

Las manos de ese individuo rozaron las mejillas de la tutora, estremecida al máximo, la cual

esparció una lágrima que recorría su cara como si fuera puro ácido. Después, bajaron por su cuello y presionaron un poco. Ella intentó tragar saliva, notando sus gruesos dedos, que le parecían mortalmente repudiables.

El intruso enmascarado retiró sus manos del cuello de Pamela, bajando aún más hacia sus pechos, pero se detuvo. Pamela emitió un quejido, quería desembarazarse de esas manos, apartándolas con las suyas, y eso provocó que el atacante se exasperara y continuara con su advertencia.

—Déjeme, por favor. Haré lo que me dice. Pero déjeme. —suplicaba Pamela, viendo que podría acabar agredida en su intimidad, en manos de ese hombre que, por su voz, estaba deseando hacer daño y disfrutar con ello.

—Espero que todo se solucione por las buenas. A ver, ¿te ha quedado suficientemente claro lo que no debes hacer? —exigió él, alzando el cuchillo para indicar que se levantara.

Ella tenía casi inmovilizadas las piernas. Era como si el cerebro la ordenase quedarse así, quieta, esperando que —de alguna manera— esa orden fuera enseguida anulada, y, mientras, las neuronas trabajasen en inteligentes sinapsis para convencer al agresor de que lo que quería hacer con ella no podía ser, que eso no estaba bien. Que el mínimo resquicio de conciencia y humanidad que le quedara en su cabeza le hicieran desistir en su empeño por dejarle una marca de espanto de por vida.

—Ya le he dicho que lo he entendido, y que no intervendré más en cuanto a Oliver. Ahora déjeme ya, por favor. Vendrá enseguida el conserje. —concluyó Pamela, mintiendo, ya que no quedaba nadie en todo el instituto. Solo estaba ella. Y el asaltante, claro.

—Mentirosa. ¿Te crees que soy idiota? Sé muchas cosas de este instituto. Y también sobre ti —dejó bien claro ese tipo que estaba al corriente de los movimientos del centro, y que no se andaba con rodeos. Iba en serio.

—Está bien. No le miento. Puede que haya salido, pero el conserje suele quedarse hasta tarde supervisando el trabajo de las limpiadoras —se excusó Pamela. Su mente no paraba de buscar pruebas para no sentirse desamparada. Pero la realidad era que así lo estaba. Estaba completamente a merced de ese hombre, cuya máscara le producía, ahora que se había levantado y podía verle de soslayo, verdadero terror.

—Date la vuelta —le exigió mirándola, como si estuviera mordiéndola con sus ojos afilados.

—No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

—¿Arrepentirme? Eso se lo dejo para las santurronas como tú, que van de Madres Teresa de Calcuta por la vida. Pero no te preocupes, haga lo que haga, irás derechita al cielo. Te lo has ganado —la asustó al límite.

Pamela se iba acercando a la pared con gran nerviosismo. Solo la idea de sentir el filo de ese cuchillo por su fina piel, la dejaba en estado de shock... Porque, aunque saliera viva de allí, ya no sería lo mismo. Había caído en un pozo del que no se puede salir más que cuando en este se deja caer una cuerda por la que subir. Y allí no había ni Dios ni cuerda alguna.

El hombre seguía mirándola, y a la vez iba haciendo saltar el cuchillo para sujetar su mango en cada vuelta al aire que lo lanzaba, a escasos centímetros de su mano, pero de vez en cuando la apuntaba como si se lo fuera a lanzar de un momento a otro.

—No me mate, por Dios. Haré todo lo que me diga, sin decírselo a nadie. Y deje de apuntarme con el cuchillo. Me está dando algo. No me haga sufrir, por favor. Yo no he hecho nada, y si le molesta que me preocupe por Oliver, desde ahora dejaré de hacerlo. Se lo juro —confesaba presa del pánico, espantada de pies a cabeza.

—Venga, déjate de súplicas. No te voy a matar, solo quiero que sepas de lo que soy capaz — volvía a recordarle su falta de escrúpulos.

—Perfecto, señorita —murmuró él, con un tono de conformidad—. Tiene un cuello precioso. Frágil, delicado...

—¿Le gusta asustar a las mujeres? Pues que sepa que lo está consiguiendo. Así que dese por satisfecho. —Ella se oponía por dentro a atacarle verbalmente. Pero tenía delante al mismísimo diablo, con la intención de pasar el filo de la hoja de ese cuchillo por su delicada piel si es que le incitaba a ello, y aunque lo intentara, sabía que no podía huir de esa situación.

—Está bien, señorita. Date la vuelta y quédate ahí hasta que me haya ido, ¿entendido?

Ella vio salir el sol en ese momento. Se giró y se puso contra la pared, apretando su cuerpo con sus manos, como si se abrazara recuperando su vuelta a la vida, dejando atrás, literalmente, al terror y a la muerte.

Y ese individuo, tal como había entrado por la ventana, desapareció súbitamente, en silencio y el aire de la calle entró y llenó los pulmones de Pamela, como si acabara de nacer. Ella se dirigió, tras unos segundos, hacia la ventana que, en un primer piso, era fácilmente accesible, al poder ser escalada la pared de ladrillos de la fachada con la soltura propia de una persona atlética.

Juraría que tenía la ventana cerrada antes de que ese tipo entrara, pero quizás una de las hojas de la ventana quedara sin ajustar.

Se asomó pero no vio a nadie, era evidente que ese hombre había torcido a la derecha. Justamente, su despacho estaba ubicado hacia la esquina del edificio.

Cogió sus cosas: su bolso, su abrigo y se tapó por delante con una mano. Abrió la puerta del despacho y se dirigió por el pasillo hacia la salida del centro, pasando por las clases en las que retumbaban sus tacones al estar con las puertas abiertas en medio de aquel vacío que hacía eco. Ya en la puerta, metió la llave que no acababa de centrar y salió apresuradamente del instituto, dirigiéndose a su coche, que estaba estacionado en el aparcamiento, a unos diez metros. Buscó sus llaves en el bolso, y se le iban cayendo cosas con los nervios, como recibos de los supermercados y algún que otro pintalabios, se agachó a recogerlas mientras maldecía por no haberse ido, como todos, a la hora del cierre del centro.

Encontró por fin el llavero con la inicial P, apretó el botón del mando y, antes de sentir el *clic* de apertura de puertas, accionó la maneta de la puerta, lo que bloqueó el sistema y hubo de esperar para volver a activar el sistema de apertura: cosa que acabó por desquiciarla en su intento por escapar de allí lo antes posible. Mientras tanto, uno de sus pechos se había salido con los movimientos. Al verse así, expuesta a las miradas de quienes en ese momento pasaban por allí, y darle igual si habían visto o no su semi desnudez, no escuchó o no lo quiso hacer, los comentarios de esas personas que la miraban: «Esa borracha se lo ha montado por ahí en algún coche por cuatro perras». Eso sí, ganas le dieron de decirles lo que le acababa de pasar. «Puede que esté ese tipejo por aquí y si me ve contando lo que me ha hecho, me volverá a atacar y esta vez no le importará si estoy o no con la regla», pensó.

Se sentó, cerró las puertas, bloqueándolas, puso la llave en la toma de contacto y la giró para arrancar. Nada, no arrancaba. Siguió intentándolo, una y otra vez pero lo que en realidad estaba haciendo era ahogar el motor. Ya no pudo más, se estiró sobre el volante, apoyando los brazos contra su frente, descargando en el llanto toda la tensión, todo el miedo que se había adueñado de su cuerpo dejándola incapaz ni siquiera a reaccionar.

Un golpe seco en la ventanilla de alguien que se habría acercado a su coche, hizo que cesara el llanto y se preparara para lo peor, abriendo de golpe los ojos —ya desorbitados de tanta angustia

—, echándose hacia el asiento del copiloto, tratando de evitar ser de nuevo violentada por el misterioso agresor.

Con las manos protegiendo su cara, a través de los dedos trató de ver, muerta de pánico, lo que le esperaba; cuando una voz amable resonó como las campanas de un despertador de pesadillas, pues no parecía ser el agresor que en su despacho la violentó, y algo le decía en su interior que podría confiar en quien estuviera ahí fuera picando a la ventana de su coche.

Una cara amable de un hombre de mediana edad se asomaba para ofrecerle ayuda.

—¡Hola! ¡Tranquila, solo quería ayudarla! He visto que tenía dificultades para arrancar su vehículo. ¿Está usted bien? —le dijo, mostrando su mejor voluntad para sacarla del apuro.

—¡Ah!...Sí, gracias, es que me asusté pensando que se trataba de otra persona. ¡Por favor, ayúdeme! ¡Alguien ha intentado matarme! —le respondió, soltando el lastre de desconfianza del que estaba poseída.

Desbloqueó las puertas para poder salir, pues veía por la cara de incertidumbre que ese hombre no escuchaba nada a través del cristal de la ventana, aunque ella sí pudo escucharle, dado que su tono era lo suficientemente alto para conocer su bienintencionado propósito.

El hombre acompañó la puerta hasta abrirla del todo, facilitando que Pamela fuera socorrida.

—¡Dios mío! ¡Gracias que ha aparecido usted! ¡Casi me matan ahora mismo en el instituto!

Y siguió desahogándose:

—¡El coche no arrancaba, y ...!

Entonces, un mar de lágrimas inundó sus ojos, ahogando sus palabras.

—¡No se altere, tranquila! Llamaremos a la policía. Ahora respire y deje que ellos se ocupen.

—¡No! ¡La policía no! —interrumpió Pamela horrorizada ante la idea de “molestar” con su declaración al misterioso asaltante, que seguro no tendría escrúpulos en acabar con ella en cualquier momento, en el instante más inesperado.

—Bueno, está bien, pero al menos deje que la lleve a tomar una tila, ahí mismo —propuso, señalando el bar que se veía al otro lado de la carretera.

—¡Está bien! ¡Gracias! Será lo mejor —reconoció Pamela mirando hacia los lados intentando identificar a su agresor en toda persona que deambulaba por esas calles.

Se fijó, algo más detenidamente, en su “ángel de la guardia”. Era todo un *gentleman*: por su exquisita forma de vestir y ademanes corteses, propios de un ejecutivo que está acostumbrado a llevar su imagen siempre impecable, así como la actitud: inspiraba confianza, la que requiere alguien que debe defender la representación de una gran firma empresarial.

Su cabello estaba cortado en un estilo jovial, con esa graciosa caída de flequillo que invitaba a desordenarlo, como cuando tocamos la cabeza de un niño mostrando afecto revolviendo su pelo. El corte y la calidad de su traje bien podrían ser de los mejores modistos italianos, a la vanguardia de la elegancia y la comodidad.

Pamela cerró el coche cogiéndose del brazo de ese amable desconocido, pues le faltaban las fuerzas con todas las angustias que acababa de sufrir.

—Me llamo Alexander Stone, he venido a Detroit unos días para firmar un acuerdo con una sucursal de nuestra compañía. La Central está en París, donde resido habitualmente, aunque mi origen es británico. —Su presentación no podía ser más “glamurosa”. Solo oír “París” parece que las neuronas aplican una transmisión de sensualidad y elegancia en todo aquel que pronuncia esa palabra...”París”, esa ciudad que representa la esencia del romanticismo y la exquisitez.

—¡Vaya! ¡Allí me quería ir ahora mismo, para olvidarme de todo lo que me ha pasado!

—¡Nunca se sabe!... dijo el galante ejecutivo, que, mirándola a los ojos, arqueó una ceja como si del Arco del Triunfo se tratara...

Caminaron hasta la cafetería “Chance” donde una pareja solitaria, al fondo, se confesaba en un cuchicheo divertido.

—¿Qué deseas tomar? —le preguntó el empresario a la tutora, que no cesaba de mirar a la pareja para ver si se daba la vuelta el chico y poder comprobar si se trataba del “sospechoso”.

—¡No temas! —la calmó Alexander—. No estará aquí... ese individuo debe estar bien lejos ya.

Cuéntame, ¿qué te ocurrió?

Pamela contó con todo detalle el suceso ocurrido en su despacho: el asalto, la amenaza (que quedó grabada en la memoria de los miedos que jamás se olvidan), las sensaciones de impotencia injustas que devoraron esos interminables segundos... haciendo que Alexander cada vez expresara más preocupación en su rostro.

La apariencia amable de Alexander se fue convirtiendo en rabia contenida. Hasta sus manos, antes acogedoras, ahora se cerraban en vengativos puños dispuestos a hacer justicia.

El ceño fruncido y los labios apretados siguieron a un golpe seco en la mesa con su mano, haciendo sonar uno de los gemelos de su camisa.

—¡Ese malnacido no debería seguir asustando así a ninguna mujer y menos a usted, que se ha preocupado tanto por todo alumno conflictivo!

La tarde se iba cerrando en una oscura noche, que invadió de repente la atmósfera con voluminosas nubes de un gris cercano al negro, en su avance al centro de Detroit.

Una mujer y su hijo corrían por la calle tratando de huir de la tormenta que se avecinaba. No se esperaba este cambio de tiempo tan brusco en un día de lo más soleado, propio de mediados de abril, en plena primavera.

—Debería ir ya hacia el vehículo, pronto se desatará la tormenta y no se podrá conducir —dijo Pamela algo asustada, comenzando a poner los pies en el suelo y seguir dirigiéndose a su rutina diaria.

—No utilizo aquí el coche, me desplazo en taxi, es más cómodo. ¿No le importaría llevarme unas calles más allá? No tengo ninguna prisa en llegar al hotel —dijo Alexander, intentando estar más tiempo con ella.

Pamela le miró y por su mente se cruzaron pensamientos enfrentados: por una parte, se sentía halagada de tal petición; por otra, aparecían miedos ante los numerosos crímenes que había visto en las series policíacas.

No se consideraba una rompecorazones ni una Dulcinea para nadie, pero siempre guardaba un aspecto delicadamente femenino que, sin saberlo, causaba una especial atracción a algún que otro compañero del centro. Podría contemplar la posibilidad de que ese hombre quisiera tener un affaire con ella, pues es lo que muchos hombres de negocios hacen cuando salen de su guarida y

prueban a soltar una cana al aire. Pero, en cuanto pensó en todas sus responsabilidades, dio carpetazo a cualquier tentación al respecto: en cuando llegara a casa tendría que dar de comer al gato, o este daría la serenata a todo el vecindario; poner la lavadora, darse una ducha, cenar algo y preparar la comida del día siguiente. Siempre se llevaba un tapper al centro para comer allí, pues seguía una dieta estricta para mantener la figura. Ensaladas, tofu o seitán, hamburguesas vegetales y sobre todo fruta para ir calmando el apetito entre horas.

—¡De acuerdo, Alexander! No me importa llevarle, puedo dejarle donde me indique, es lo menos que puedo hacer después de lo que ha hecho por mí.

La camarera, una chica jovencita, les llevó la cuenta, la cual Alexander cogió con decisión y abonó el importe mientras, con una mano, sujetaba el brazo de Pamela para que desistiese en pagar.

—Gracias, Alexander, has sido muy amable conmigo, no sé qué hubiera pasado si no hubieras aparecido —confesó Pamela algo más relajada tras haber tomado una buena taza de tila y haberse desahogado de toda su gran preocupación por el susto vivido y las consecuencias que tendría de ahora en adelante en su día a día.

Ya en el coche, Pamela ayudó a poner el cinturón de seguridad a Alexander, pudiendo observar, por sus movimientos, que poseía una figura atlética, resultándole bastante atractivo.

—¿Y no tiene alguna sospecha de quién pudo ser ese sujeto? —preguntó Alexander.

—Por sus manos, y el tono de voz, parecía joven, puede que sea algún amigo de Oliver. El haberse criado prácticamente en la calle le debe haber facilitado conocer gente de baja calaña.

—Tiene todas las papeletas de que se trata de alguien muy cercano al tal Oliver... Le aconsejo que esté atenta al comportamiento del muchacho, por si muestra algún indicio de tener algo que ver.

—Lo haré, Alexander, no le quepa duda, estaré ojo avizor a cualquier señal que así lo haga sospechar...

Siguieron hablando mientras se iban aproximando al edificio. Pamela aparcó y señaló a su acompañante el portal.

Alexander alargó el cuello para tratar de divisarlo.

—¡Ya hemos llegado! —anunció ella—. Parece mentira, pero hablando, se me ha hecho corto el camino. ¿Quiere que le deje en la parada de taxis? Está a solo dos manzanas de aquí.

—No, Pamela, gracias, prefiero ver cómo llega usted a su casa para comprobar que nadie la sigue, así me iré más tranquilo.

—Realmente es mi ángel de la guardia, Alexander —dijo Pamela, que giró el volante para bloquear el coche ya aparcado—. Gracias, desde el interfono le diré si todo está okey.

—Bien, aunque preferiría subir y verlo con mis propios ojos, si no tiene inconveniente —insistió Alexander, esta vez posando su mano en el brazo de Pamela, en actitud de camaradería.

—A decir verdad, no me hacía gracia subir sola, y menos a estas horas en las que apenas hay vecinos por los rellanos. Casi todos deben estar cenando, como yo lo estaría si no fuera por el altercado...

—Estupendo, será también una buena oportunidad para apreciar el estilo de estas históricas construcciones —alegó Alexander, que intentaba quitar dramatismo al hecho de entrar con ella en el portal.

Pamela se quitó el cinturón. Acto seguido, él hizo lo mismo y corrió hacia su puerta para abrirsela como un buen gentleman, para cerrarla, después, en una muestra de total atención sobre ella, al mínimo detalle; cosa que cada vez complacía más a Pamela, a la cual le otorgaba más confianza ese hombre venido de París, justo en el momento más necesario y en el lugar indicado para socorrerla.

Caminaron hacia el portal y fue entonces cuando ella recordó la última vez que un hombre la había acompañado a su casa. Habían pasado muchas lunas desde que se había separado de su ex marido. La gata que la esperaba era su única compañía y las compañeras de sus clases de yoga, a las que en ocasiones invitaba a hacer meditación en su salón.

Ya en el portal, Pamela abrió la puerta con cierto nerviosismo. No quería encontrarse con nadie y que pudieran pensar que se llevaba un lío a casa. Su intachable imagen se iría al garete en un plis plas nada más verla al lado de ese apuesto hombre de negocios, y no pararían hasta averiguar qué clase de relación les unía.

Las llaves se le escapaban de las manos, como si los dedos no le respondieran. Finalmente, estas cayeron al suelo y produjeron un sonoro ruido como de cadenas arrojadas a un pozo. Alexander se agachó y las cogió para así evitar que ella lo hiciese. Durante el trayecto del suelo al rostro de Pamela, Alexander pudo divisar un par de piernas estilizadas y unas caderas bien redondeadas, algo que le causó una especial estupefacción.

—Gracias, estoy tan torpe últimamente... —se excusó Pamela.

—No hay que darlas. Es lo propio de un caballero que acompaña a una bella dama... —galanteó él.

Pamela se sonrojó como un tomate, en varias fases de propagación del color. Su tez se encendió y las mejillas fueron tomando el tono rosado propio de alguien que siente vergüenza y deseo a la vez. Ese hombre le producía unas agradables sensaciones, algo que iba limando el susto que hacía poco tiempo acababa de padecer.

La entrada era muy amplia, y en sus paredes colgaban enormes cuadros y unos cuantos buzones de tono dorado. Una moqueta verde esmeralda forraba el suelo de las escaleras que conducían al ascensor, y su principal función era amortiguar el sonido de los tacones al pisar por ella, sobretodo en ese bloque donde acudían muchos modelos que iban y venían con sus tacones. En el tercero había una escuela de modelaje, y se veían pasar muchas chicas y chicos, unas veces riendo, bromeando, pero siempre adoptando elegantes maneras al caminar. Se notaba que aprendían bastante en esa escuela.

Alexander devolvió las llaves a Pamela y le preguntó:

—¿Está usted segura de que se encuentra bien?

—Sí, perfectamente, gracias —dijo Pamela—, tengo ganas de estar tranquila, dormir y no pensar más en todo lo ocurrido.

—¿Me permite que la acompañe hasta arriba, por si acaso?

En ese momento, el ascensor llegó, y se abrieron las puertas. Una señora bajaba a sacar a su perro y se quedó parada ante ellos, sin saber qué decir.

—¡Buenas noches! —dijo por fin Eleonor, la vecina del quinto.

—¡Buenas noches, señora! —respondió Pamela.

El perro, un caniche con un traje rockero, olfateó el pantalón de Alexander. Este se inclinó y le acarició la cabeza. El can, molesto por ese atrevimiento, y con muy mala leche, le mordió en la mano, y sus colmillos se clavaron en su dedo gordo, precisamente...

—Oye, ¡qué carácter! —se lamentó Alexander.

La señora ni se dio cuenta del mordisco. Se dirigió al portal y se marchó como si no hubiera pasado nada. Su cabeza, erguida, demostraba que estaba acostumbrada a esa clase de incidentes.

Un leve murmullo pareció hacerse entendible, proveniente de la señora Eleonor: «Se lo tiene merecido, por tocar lo que no es suyo».

—Vaya con la señora. Déjame ver la herida —se quejó Pamela.

—Pues sí. Menudo chucho. Casi me arranca el dedo.

—Anda, sube, tenemos que desinfectarlo, no sea que te convierta en *Draculcan*.

## Capítulo 2

9:30 am de la mañana, en el Instituto. En los pasillos, se armaba el revuelo de todos los años: chicos debatiendo entre ellos a ver quién sería el ganador en los concursos que se llevaban a cabo tradicionalmente año tras año.

Los profesores estaban reunidos en la sala de trabajos comunes, estableciendo los turnos de participación de cada aula en el gran concurso que les ocuparía todo el día lectivo.

Habían acusado la ausencia de Pamela, que ya desde la primera hora echaron en falta, pues era una de las primeras en exponer sus ideas, dada la conocida entrega que dejaba plasmar en todos sus cometidos.

Marc, el profesor de música, se apartó del grupo; sacó su móvil del bolso hippie que llevaba cruzado en el pecho y, tapándose la boca con una mano, dejó un mensaje en el móvil de Pamela:

—¡Pamela! ¿Dónde estás? ¡Te estamos esperando! ¿Te ha pasado algo?

Era muy extraño que no apareciese, ni que advirtiera con una llamada su retraso, pues era el modelo de la perfección, siempre perfecta y organizada en todo.

Pasaron las horas y Pamela no daba señales de vida. En el aula que a ella le correspondía, dispusieron a Marc que, junto a los chavales que tenía en su banda de ensayo, reunió a la clase de Pamela en un grupo conjunto, aunque no tuvieran nada que ver los unos con los otros.

La clase de Pamela era particularmente heterogénea, había en ella chicos con dificultades en las principales materias, como matemáticas, lengua e inglés.

Los miembros de la banda de Marc eran jóvenes con talento y vocación por la expresión musical, reuniendo entre ellos a hijos de grandes músicos de diversas partes de EEUU, que ya llevaban en sus genes esa predisposición, y que sus padres querían que sus hijos se mezclaran con otros de todas clases sociales. También contaba entre ellos la presencia de Ángel, un chaval procedente de familia mexicana, que era el fiel reflejo de la bondad y la nobleza, siempre dispuesto a ayudar a todos sus compañeros; sobre todo en los momentos bajos, propios de la sufrida adolescencia.

Marc llevó a los chicos al teatro, e intentó hacer disfrutar de su música a todos a la vez; pues así, sentados en las butacas, podría mezclarlos y conseguir —al menos— controlar la situación.

Tocó en el teclado Yamaha del escenario la melodía que, para él, era el canto de sirenas que calmaba “las fieras”: una composición que él mismo había creado y pronto daría a conocer en el mundo artístico.

Mientras tocaba, algunos cuchicheaban entre ellos, pero el bedel estaba pendiente y les hacía callar con su solemne chasquido de dientes «*Shhhht*», que parecía tener un efecto mágico sobre ellos. Los chavales sabían que tenía muy mal genio y les haría salir del teatro si seguían armando barullo.

Oliver figuraba, entre los chicos, con el mismo lúgubre aspecto de siempre.

Llevaba puesta una sudadera gris con la capucha sobre la cabeza, como casi todos los de su

“grupillo”. Con 15 años seguía en el 2º curso de secundaria, ocupando el lugar de líder al ser el mayor de la clase además del “malote” de turno.

Todos le temían, dada la fama adquirida tras repetidos episodios de gamberrismo que había protagonizado. Una vez, llegó a grabar con el móvil la escena íntima propia de un chico en el retrete, subiéndose a la taza del wáter contiguo, para pasar después el video a todos sus contactos, burlándose del pobre Bernard, como se llamaba el chaval en cuestión, que con 11 años sufría un leve retraso mental, al que Oliver solía culpar por hacer de chivato y delator al pillarle in fraganti de sus fechorías.

Era su venganza particular. Oliver así ajustaría las cuentas con él. Pero la bajeza de la burla no hizo ninguna gracia a los alumnos más sensibles, que por ser objeto también de la burla, ya que frecuentemente eran acosados por los más machotes. Se envalentonaron y juntos acudieron al despacho del director, en un acuerdo secreto, para que pusiese fin a todos estos abusos.

Cuando llegó a oídos del director el vergonzoso incidente, inmediatamente ordenó un severo correccional a Oliver y a todos los que se mofaron de Bernard, “el chico del retrete”, como así quedó ya su “sobrenombre”.

Ángel se encontraba justo al lado de Oliver, en el teatro. Marc los sentó así, pues nadie como Ángel podía aguantar, con la santa paciencia de Job, el nerviosismo de Oliver, manifestado en continuos movimientos de pies, toses, bostezos..., que a todos supone un martirio tener que soportar.

Ángel llevaba siempre un rosario con bolitas de madera de cedro que, en momentos críticos o tensos, hacía deslizar entre sus dedos, ya como costumbre adquirida desde su niñez cuando se ofreció como voluntario a ayudar en la capilla como monaguillo.

Con solo 15 años, Ángel demostraba ser más maduro que todos los de su misma edad, incluso superior. Sus padres eran devotos católicos que, en este centro de hermanos maristas, colaboraban en todas las actividades religiosas.

Su atuendo siempre limpio, el uniforme —aunque gastado ya— siempre planchado, con la raya en el pantalón perfectamente recta, contrastaba enormemente con el de su compañero de asiento, Oliver, que ante todo demostraba ir contra corriente: melena desaliñada, rotos en la ropa... Sus “padres de acogida”, una pareja treintañera de Nueva Jersey, la cual no había podido tener hijos (ni biológicamente ni por medios artificiales de fecundidad), decidieron acoger a niños provenientes de hogares desestructurados y, ayudados por programas del Gobierno, procuraban un hogar estable a esas criaturas que, como ellos, necesitaban dar y recibir amor.

En el caso de Oliver, les estaba costando bastante su adaptación, y eran muy frecuentes las idas y venidas al instituto para buscar soluciones y apoyo a las continuas llamadas de atención.

Una vez terminado el “concierto”, Marc indicó a todos que fuesen saliendo en orden al patio, para comenzar el concurso y las pruebas de competición.

Les iba observando, encontrando en sus ademanes indicios de haber disfrutado con su música, en algunos; y la misma sensación de aburrimiento existencial, en otros.

Pero al pasar Oliver delante del escenario, habiendo salido de entre las butacas, se fijó expresamente en sus ojos, medio escondidos en la capucha de monje de los abismos, consiguiendo advertir el asomo de una lágrima derramada. Se podría decir que era la viva estampa del personaje de la novela de Claudio Hernández “ARNIE”: *reflejaba un ser débil terriblemente vulnerable. Esa era la primera impresión que tomabas de él.*

—Oliver, ¡un momento! —le dijo Marc, que intentó inventarse una excusa para conocer su reacción, pues tenía la esperanza de llegar a su corazoncito, por muy duro que pareciese ser.

Oliver no dijo nada. Se paró, dejó que otros se incorporaran a la fila que salía por el portón, y bajó la mirada hacia el suelo como siempre hacía cuando le iban a reprender.

—Me gustaría que participaras en la banda. ¿Sabes tocar la guitarra, no? Algo he oído que me hace suponer que podrías unirme al grupo de música. ¿Te molaría aprender a tocar las canciones que sueles escuchar? —Marc sabía que le iba a decir que no, pero ahí quedaba la invitación para, en otro momento, volver a repetirla como un mantra que acabara por ser convincente.

Habiendo abandonado todos los chicos el teatro, Marc le preguntó al bedel si sabía algo de Pamela.

—¡No, no hay señales de ella! Es muy extraño que no haya venido precisamente hoy que sabe que la necesitamos más que nunca —decía Anthony, el bedel, moviendo la cabeza de un lado a otro sin entender la ausencia de “doña detalles”, como él graciosamente la llamaba.

—¡Tampoco ha llamado..., ni ha dejado ningún mensaje! —Seguía diciendo el bedel sin comprender tal ausencia.

—¡Quizás sea el momento de llamar a su hermana, a ver si ella sabe algo! —propuso Marc, conociendo la gran comunicación que había entre ellas.

Cogió el móvil y buscó en su agenda, pero no encontró el número de Janet, el único familiar de Pamela que podría dar luz sobre su creciente preocupación.

Fue al armario donde solían guardar las pertenencias, buscando alguna agenda suya. Encontró una con los teléfonos más importantes y necesarios, pero en ella no estaba el de Janet; siguió buscando y, entre unas carpetas, halló un sobre con el timbre postal de Europa, cuyo remite tenía las siglas G.V. C/ Marina, 12 08025 Barcelona, (Spain)

Le pareció curioso que tuviera correspondencia con alguien de Europa, pues nunca lo mencionó. Siguió buscando, pero no dio con ningún rastro de su hermana, por lo que decidió acercarse hasta su casa, movido por la creciente intranquilidad sobre su paradero.

Avisó al director de su intención y en veinte minutos estaba a la puerta del edificio de Pamela, tras sortear el congestionado tráfico que a esas horas era estresadamente normal: unos saliendo del trabajo y otros a buscar sus hijos al colegio, con el ahogo de las prisas.

## Capítulo 3

Marc llamó al timbre, el 4º A, esperando oír la voz de Pamela desde el interfono, pero solo oía su propio jadeo, el de su respiración, tras la carrera que emprendió desde el no muy cercano aparcamiento.

Nada, no contestaba.

Ya no podía más, fue a la pizzería de Francesco a ver si sabía algo de ella. Era el más cercano a la profesora en ese bloque.

—No la he visto esta mañana —dijo el italiano, como siempre nervioso—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó levantando la mirada, de cuando en cuando, mientras amasaba harina.

—No sabemos nada de ella, no ha ido al instituto, ni nos ha llamado —dijo Marc, con las manos en la cintura, tratando de buscar un aliado para comenzar su búsqueda.

—Ayer la vieron entrar con un hombre, era ya tarde. Eso me ha soplado la chismosa de Eleonor, la pija del tercero B, que está disfrutando con esa buena nueva. Me pareció extraño en ella, en Pam, que sabe guardarse de los comentarios y, además, es la que suele estar más pronto de todo el vecindario en su casa. —Se atusaba la barbilla, dubitativo, y continuó—: ¿Sabes que Pam ayuda a veces a mis hijas con sus deberes? Pues las dos precisamente ayer fueron a preguntarle unas dudas, pero ella aún no había llegado. Y la vecina del caniche gruñón la vio regresar muy tarde, “supuestamente”, con un hombre. Eleonor “la cotorra” salía del ascensor y ellos entraban para subir juntos. Por cómo lo cuenta, puede que haya algo de verdad en todo ello. Y más cuando alega que su chuchó le mordió la mano al acompañante misterioso.

—¿Con un hombre? ¿A su casa? Es muy extraño en Pamela... —dijo muy pensativo Marc.

Se despidió de Francesco y salió a la calle buscando el coche de Pamela donde solía aparcarlo, hallándolo por fin.

Miró a través de las ventanas. El asiento de copiloto estaba inusualmente echado hacia atrás. No cabía duda de haber llevado a ese hombre en coche hasta su casa.

Normalmente Pam tenía ese asiento muy pegado hacia delante para situar atrás a Brunetta y Lia, las hijas de sus vecinos italianos, a las que solía llevar los fines de semana a dar una vuelta por el centro comercial. En sus charlas entre colegas, la profesora enseñaba fotos de esas dos liantas que eran como dos sobrinas, por la familiaridad en el trato.

A Marc, no le quedaba otra que buscar a Janet, la hermana de Pamela, que vivía en las inmediaciones del Lago George, en NY, en una casa de campo donde las dos pasaban juntas las vacaciones de verano.

Buscó con el móvil por el apellido de Pamela, y halló el de su hermana, Janet Salazar. No estaba casada, por lo que era fácil dar con ella, sin tener que averiguar cómo se llamaba su marido.

Marcó el número y al otro lado sintió la voz de una mujer ya entrada en años.

—¿Dígame?

—¿Señora Salazar? ¿Es usted Janet Salazar?

—Sí, sí, dígame. ¿Quién es?

—Soy compañero de su hermana Pamela. Hoy no ha venido al centro y no nos ha llamado.

Tampoco contesta a su teléfono. ¿Sabe usted algo de ella?

—No, yo tampoco he podido hablar con Pam hoy, no me contesta las llamadas. ¿Han ido a su casa? —preguntó alarmada Janet.

—Sí, pero tampoco parece que esté, y su coche sigue aparcado en la calle. No sabemos dónde puede estar; y es muy extraño, pues hoy tenía cosas importantes que hacer en el Colegio.

—¡Me está usted preocupando! ¡Habrà que llamar a la policía!

—Ahora mismo me encargo. Por favor, si sabe cualquier cosa, si le llama o contesta a sus llamadas, póngase en contacto conmigo, se lo ruego. Ya la avisaré si hay noticias.

—¡Gracias! Estaré pendiente del teléfono. ¡Esperemos que no le haya pasado nada! ¡Por favor, búsquela y dígame algo en cuanto den con ella!

Marc volvió a la pizzería de Francesco, le pidió que le acompañase hasta el piso de Pamela. Aporrearon la puerta uno y otro, esperando que les contestase desde dentro. Nada. Pusieron la oreja pegada a la puerta, sintiendo el maullido de la gata, que debería estar ya hambrienta.

Francesco ideó abrir a la fuerza la puerta, pero recordó que Pamela solía dejar la ventana de la cocina entreabierta, por lo que cambió de idea. Entraron en su vivienda saltando desde la ventana de su cocina a la de Pamela, ayudándose de la repisa que bordeaba el patio de luces y de los tendederos de ropa.

La gata se acercó al cuenco de la comida, maullando como loca. Pero tenían prisa por encontrar a la profesora. Buscaron por todo el piso y no dieron con ella. Tampoco estaba su bolso, ni el móvil. Todo estaba impecable: la cama hecha, los platos limpios; todo ordenado, como solía tenerlo. Nada parecía indicar que en su casa hubiera pasado algo.

Las llaves de repuesto colgaban en la pared, al lado de la puerta.

Francesco abrió con ellas y se llevó la gata a su piso, avisó a Paola de la desaparición de la vecina para informar si la escuchaba regresar.

Marc se quedó en el piso buscando alguna pista.

—¡El portátil! —pensó.

En el armario de su habitación lo encontró, metido en la funda con las insignias del instituto.

Buscó la clave y fácilmente la halló al teclear el nombre de su gata, Minerva.

Una conversación había quedado pendiente en la pantalla, sin cerrar. Debió producirse al recuperar la actividad interrumpida por un cierre inmediato de la sesión sin quitar la ventana del diálogo. Entre las líneas del mismo se repetía una insistencia: en realizar una misión o algo así....

Se adentró en la página que identificaba con quién estaba manteniendo tal conversación. “¡NO SIN TI! “ Era el nombre de una entidad alarmantemente sectaria.

## Capítulo 4

Pamela dormía profundamente en una de las habitaciones de la gran mansión de uno de los dueños de la organización:

"*¡No sin ti!*"

Los efectos del narcótico que le habían administrado al llevarla hasta allí, para que no reconociera el itinerario, estaban empezando a diluirse, devolviendo poco a poco la consciencia a la mente perturbada de Pamela.

—¿Dónde estoy? —preguntó mientras se levantaba algo mareada.

Sentada, al pie de su cama, una joven con uniforme azul marino se levantó para ayudarla a incorporarse.

—¡Poco a poco! ¡Venga, que la llevo al lavabo! Necesita refrescarse —le dijo muy servicialmente.

La acompañó hasta el aseo, una estancia de paredes y suelo de mármol, con grifería dorada, por lo que se veía ostentosa. La ayudó hasta que acabó de asearse por completo.

—¡Ohh! ¡Mi cabeza! ¿Quién eres tú? ¡El Colegio! ¡Debo ir ya! —decía dando un traspies que la dejó echada en la alfombra persa que tapizaba el parquet de la habitación.

Descubrió, al estar en esa posición, un extraño objeto bajo la cama en la que había estado durmiendo. Lo miró con más atención mientras la asistenta colocaba las toallas en el lavabo, percatándose de que se trataba de un colgante con un espejo. ¡El mismo que ella también llevaba!

—¡No se preocupe! ¡No tiene que preocuparse por nada! Ahora llamará usted al colegio y les avisará de su pronto regreso, lo entenderán.

Pamela se quedó sorprendida, había aceptado colaborar en el grupo, pero no se imaginaba que tal decisión afectara sobremanera hasta el punto de aislarla de sus quehaceres.

—Ahora, por favor, venga conmigo. Hay que acudir a la reunión. Nuestro presidente, el señor Evans, les hablará y explicará con detalle el protocolo de actuación.

Pamela fue conducida a través de largos pasillos hasta una gran sala de conferencias.

Subido en la tribuna, tras una larga mesa en la que destacaban miembros honorables del grupo, y que había reconocido tras meses de frecuentes contactos a través del foro de la página web “NO SIN TI”, se presentaba el Sr Evans, con amplia expresión de satisfacción.

Lucía un traje confeccionado en lino gris, con camisa negra y corbata gris jaspeada. Su cabello blanco contrastaba con la tez morena pero sin apenas arrugas, produciendo un efecto casi lunático y misterioso en torno a él.

En la sala habían acomodado ya a medio centenar de asistentes, y otros tantos estaban llegando desde otros pasillos y salas adyacentes, con la misma expresión de incertidumbre que ella, pero sin embargo una apacible actitud de estar conforme con todo lo que les estaba pasando les diferenciaba de ella y su interior intranquilidad.

Al pasar por uno de los espejos de la sala, se miró y lo comprendió. Ella también tenía ese aspecto. Igual que los demás, manifestaba en su rostro una total sumisión en ese acto.

No entendía nada. No había acudido allí por propia voluntad; sin embargo, una poderosa influencia la arrastraba, como en una espiral, al magnetismo que ejercía esa sala, anulando toda

resistencia.

Una vez estuvieron sentados en sus respectivos asientos, les fueron entregados a algunos, por las azafatas situadas a los laterales, unos auriculares. Seguramente, para poder seguir la charla con su correspondiente traducción.

Había gente de toda raza: asiáticos, africanos, caucásicos, australianos...

A su lado, una señora de unos 50 años seguía con la mirada fija los paneles que se mostraban en el fondo con paisajes de la Tierra: hombres, mujeres, niños, en una constante sensación de felicidad absoluta.

Pamela se preguntaba en su interior: «¿qué le habría tocado hacer a ella, a esa mujer que tenía al lado?»

—¡Bienvenidos! Ya todos me conocen, soy Charles Evans. Hemos hablado y acercado nuestros puntos de vista sobre esta sociedad y la necesidad de intervenir.

¡Para mejorarla!

¡Para rescatarla ante el declive que se presenta!

¡Ustedes son figura clave en este proceso de cambio!

¡Llevarán implícito el germen de la evolución en todos los niveles!

¡Donde quiera que estén, sembrarán voluntades de transformación!...

Pamela sentía el discurso en un estado somnoliento en el que costaba distinguir entre lo real y lo imaginario, lo soñado y lo acaecido realmente.

Cuando el Sr Evans acabó de manifestar su agradecimiento por la “colaboración” de los asistentes, fueron marchando todos, dirigidos por las amables azafatas, a las respectivas habitaciones.

Pamela entró en un profundo sueño, en el que se repetía, una y otra vez, una frase:

¡Crea una nueva raza! ¡Crea una nueva raza! ¡Crea una nueva raza!

Al otro lado de la pared, otra persona recibía —a través de unas grabaciones— el mismo mensaje. Y así, todos los que allí acudieron.

Al día siguiente, bien entrada la tarde, Pamela se despertó en una cama que no era la suya. Se trataba de la habitación del hotel de Alexander Stone. Sobresaltada por haberse quedado dormida hasta tan tarde y en lo que le pareció la cama de un hotel, dio un bote y buscó al otro extremo del colchón. Alexander no estaba a su lado, pero había dejado una nota:

*“Te recogeré mañana para almorzar juntos”.*

Precipitadamente, se vistió, se miró en el espejo y se puso las manos a la cabeza. Cogió un taxi hasta su casa.

Entró y no vio a su gata, pero Paola (la mujer de Francesco), al sentir que había regresado, se la llevó, explicándole la gran preocupación que había desatado en todos por su inexplicable desaparición.

Llamó al instituto, excusándose como pudo, inventando que había tenido que ir la noche anterior a casa de una señora que no se encontraba bien, quedándose dormida por la mañana tras toda la noche de exhaustivos cuidados. Por supuesto, les sonó a todos muy extraño, pero sabían de su gran humanidad para con los necesitados; y sí era verdad que más de una vez había ido al hospital a cuidar algún enfermo que precisaba compañía.

Se arregló y salió de casa dispuesta a afrontar lo que su ausencia había causado en la Fiesta del instituto, temiendo que por su culpa hubieran tenido que cambiar las directrices de los planes establecidos, e improvisar nuevos grupos para integrar la clase que había dejado desamparada.

Marc la recibió con tal semblante de nerviosismo que tuvo que apartarle y, en medio de

excusas y arrepentimientos, lograr que entendiese su ausencia.

La tarde discurrió mucho mejor de lo que imaginaba, los chicos parecieron haber echado de menos a su profesora, pues con ella tenían mucho más protagonismo en el colegio, dada la gran actividad que les tenía asignada para la fiesta del centro, encargando a unos y otros varios juegos con los que hacer participar a todo el colegio, haciendo más de coordinadores que de jugadores, pues les tenía bien preparados para dirigir los juegos de los alumnos de clases inferiores.

Una vez acabada la fiesta, y generada la ansiada sensación de hermandad, todos se fueron a sus casas con banderines y demás objetos creados para ese día durante las clases de plástica.

Marc se despidió de Pamela, intentando acompañarla a su casa. Fue entonces cuando ella se confesó respecto al asalto sufrido en el despacho la tarde anterior.

—No he querido decir nada al director ni a nadie, porque no estoy segura de si ha sido una ensoñación o si realmente ocurrió. Pero para estar más seguros, debo hablar primero con una persona, él me lo confirmará.

—¿Se trata del hombre que te acompañó ayer a tu casa? He ido a la pizzería y... —dijo Marc, atreviéndose a confesar el testimonio de Francesco.

—Shhhh! —le silenció Pamela, alarmada por haber sido descubierta en un desliz.

No sabía cómo iba a enfocar lo que pasó esa noche, pues apenas tenía recuerdos de lo que exactamente pudo pasar...

—Marc, no sé qué te habrá contado Francesco, pero es importantísimo que me refieras con detalle lo que pudo ver anoche —suplicó Pamela

—Vamos a tomar algo y hablamos, pero antes llama a tu hermana, la tenías preocupada —la animó Marc.

Pamela, inmediatamente, sacó el móvil de su bolso y en un momento tuvo a su hermana al otro lado, ya tranquila con su aparición.

—¡Sí! —dijo Pamela a su hermana—. Todo ha vuelto a la normalidad. Ahora, Marc, el profesor de música, y yo nos vamos a tomar algo. Necesito aclarar mis ideas antes de volver a casa. ¡Gracias por estar pendiente de mí!

Los dos, Pamela y Marc, salieron a la calle, dirigiéndose a la cafetería del centro comercial donde hacían unos estupendos combinados y batidos de fruta que a ambos les encantaban.

Por el camino, Marc la puso al tanto de lo que le contó Francesco en la pizzería. Rieron al mencionar al chuchito de Eleonor y Pam se tuvo que agarrar del brazo de Marc para no perder el equilibrio de tantas carcajadas. Pero de pronto ella se calló y su mirada se perdió en la nada.

Al llegar a la cafetería, Marc tomó la iniciativa pidiendo el batido que ella solía tomar: melón, naranja, fresas, papaya con hojitas de menta. Lo llevó a la mesa y observó que ella estaba leyendo la carta con sumo interés. Nunca antes lo había hecho, ya que se los sabía prácticamente de memoria.

—¡Espera! ¡No me pidas nada! —le dijo ella algo alterada.

Se levantó y preguntó a la camarera algo que la dejó con cara de interrogante.

Después, volvió a la mesa y le dijo a Marc, que estaba empezando a sorber el batido:

—¡Vámonos de aquí! ¡No se sabe de dónde proceden las frutas que nos sirven! ¡A saber qué pesticidas han usado y si son de ingeniería genética...! —se quejó, en tono sobresaltado.

—¡Bueno, siempre lo hemos tomado, y nunca nos ha sentado mal! ¿Por qué ahora te interesas por la procedencia, y antes no? ¿Tienes noticias de que contengan sustancias tóxicas? ¡No estaba al tanto!

—No, ¡claro que no! —aclaró Pamela a Marc—. ¡Solo he preguntado a la camarera y no me ha

sabido responder de dónde procedían las frutas! —siguió explicándose Pamela, acompañando su actitud con un movimiento de manos muy determinante.

—¡Ah, bueno! —dijo Marc—. Si es así, no vamos a poder comer nada. ¡No seas tan escrupulosa!

Pamela lo miró enfadada, clavándole los ojos, expresando su malestar, como si la hubiera insultado en lo más profundo.

—¡Bueno, bueno! ¡No me mires así! ¡Tampoco es para tanto! ¡Ya sé que te cuidas y que procuras llevar una vida saludable, pero nunca te habías planteado si una fresa viene de la huerta de un invernadero, o de la agricultura ecológica y sostenible... —replicó él, chasqueando los dedos como quien culmina una brillante exposición.

Pamela estaba distinta. Cada vez que se topaba con un fumador, se apartaba evitando respirar el humo que salía despedido de cada exhalación, profiriendo palabras malsonantes, hasta el punto de tener que intermediar Marc entre unos cuantos transeúntes que, sintiéndose insultados, se encararon con ella.

Al llegar a la esquina donde solían despedirse para ir cada uno a su casa, Marc insistió:

—Pamela, ¿quién es el hombre que te acompañó anoche a tu casa?

—Un viejo amigo, nada más. Pero no te tengo que dar más explicaciones, Marc. Gracias por preocuparte, pero ahora tengo muchas cosas que hacer. Nos veremos la semana que viene.

Y así, sin más, se fue alejando, dejando a Marc con un gran interrogante en su cabeza.

Al regresar a casa, Pamela fue directa al portátil, conectándose con la Organización “*No sin ti*”.

Estaba confusa por todo lo que había sucedido en las últimas horas, no se acordaba de prácticamente nada, excepto que Alexander la llevó a tomar algo y acabaron en su hotel. También recuerda haber tenido un sueño referente a la organización, que cumplía, para ella, todas las expectativas para poder salvar al mundo de la falta de principios y la pérdida de valores realmente trascendentes.

Para intentar aclararse, primero se dio una ducha, se tocó en sus partes íntimas y comprobó que nada había sucedido entre ella y Alexander, que tan solo habrían ido a tomar algo; y se habría mareado por la acumulación de tensiones y el cansancio. Además, no le sentaba bien el alcohol.

Por ello, tenía esa sensación de angustia en el estómago. Lo que bebió se lo produjo, seguramente.

En su mente, aún mantenía las imágenes de un sueño bastante extraño, una especie de Congreso con la Organización *No sin ti*, al que ella había asistido...

Fue a ver su portátil, tratando de encender alguna luz en su mente con los últimos detalles de sus diálogos.

Tenía un mensaje en la bandeja de su cuenta como integrante del grupo.

“**Primer nivel**” decía su encabezado.

Leyó el repertorio de consejos y directrices a emprender, con sumo interés, apuntando en una libreta aparte los detalles que requerían más concentración.

“*Descifrar el objetivo de cada cosa*”

Fue uno de los puntos que marcó y subrayó para llevarlo a cabo durante una semana, tal como se lo ordenaba el comunicado.

Pamela cerró el portátil, con la mirada anclada en un punto imaginario, al frente, perdida en un concepto que la mantendría en alerta constante desde ese mismo momento: *Descifrar el objetivo*

de cada cosa”, extraer el por qué y el para qué de todo lo que le rodeaba.

Así que empezó a hacer un mapa mental de todo lo que tendría que aprender a partir de ¡ya!

La vida no sería igual ahora había que pasar cada detalle por el prisma de su verdadero propósito.

Miró lo primero que captó su atención: La televisión. Se preguntó ¿para qué?

Respuesta: para transmitir, para entretener, para transmitir ¿qué? Respuesta: Noticias ¿para qué? Respuesta: para estar informados ¿para qué? Respuesta: para saber cómo está el mundo ¿para qué? Respuesta: para, para estar a la última en delitos, accidentes, economía, moda, para ver cómo se matan los unos a los otros, para ver películas de acción (para ver cómo matan, cómo encarcelan, cómo hacen justicia, cómo pintan al mundo que ellos quieren que veamos, cómo se apodera el sufrimiento de tantas y tantas víctimas, cómo solucionan sus problemas de una manera inverosímil. En definitiva, todo eso era ver desgracias, y lo más importante: ¡¡para perder el tiempo!!

Concluyó que la TV, finalmente, tenía un propósito de evasión, de confusión, de contaminación.

Lo apuntó, con una gran satisfacción. Ya tenía algo que aportar, algo que seguramente le proporcionaría más créditos en el grupo.

Bajó a la pizzería. Quería saber qué le había contado exactamente Francesco a Marc.

—¡Querida señorina! ¡Eravamo tutti preoccupati! Ho detto a Marc siete venuti con un uomo elegante...

—De acuerdo, Francesco, no pasa nada, es normal que os preocuparais, nunca me había pasado esto, ha sido un lapsus. Alexander es un viejo amigo, estuvimos charlando y después me fui a casa de una amiga a la que tenía que cuidar, me quedé dormida por la mañana y, bueno, eso es todo.

Pamela no sabía cómo normalizar el desajuste causado. De momento, la excusa era perfecta y parecía funcionar.

Volvió a casa y, antes de pulsar al ascensor, se preguntó ¿para qué? «Para llegar antes, para no cansarse». Total, que no lo cogió y subió andando.

Tomó el papel de las notas y, echándole otra ojeada, empezó a seguir el paso número 2.

*“Plantearse un objetivo”*

Eso era difícil, pues el día estaba lleno de funciones a ejecutar. Elevó el pensamiento por encima de la cotidianidad y dedujo algo que pudo anotar para poderlo comentar en el “grupo”:

*<Ser una buena persona>*

En definitiva, según concluyó, de eso se trataba. Si cumplía las normas establecidas, si trataba de favorecer a todos, si cuidaba su organismo, si mantenía una relación cordial con sus semejantes, sería para sentirse una “buena persona”.

Comió parte de la cena que tenía programada para el viernes, sin apenas apetito. Puso el cuenco del pienso para Misha, la gatita, a la que acarició mientras comía. Le encantaba ver cómo movía sus bigotitos al masticar, recordando lo pequeña que era cuando la recogió de la calle, hambrienta y desvalida. Se sintió bien por haberla salvado de una muerte segura.

Durante toda su vida, había tratado de complacer a los demás. Su fuente de satisfacción crecía si contribuía personalmente en la felicidad o el bienestar de los que le rodeaban. Cosa que chocaba con el carácter de su ex marido. Él no soportaba ver cómo ella se desvivía en su trabajo, reprochándole a Pamela que no tuviera apenas tiempo para él.

No habían tenido hijos, hecho que hizo fácil la separación. Él se enamoró de una mujer que dedicaba todo su tiempo a *mimarle*, según él le dijo una vez por teléfono, en unas Navidades que

intentó volver con ella para, según él, no dejarla sola por esas fechas.

No supo nada más de su ex marido, salvo que su nombre seguía apareciendo en internet con el logotipo de su empresa: “*Ediciones Peterson*”, dedicada a la edición y publicación de obras literarias.

Volvió a mirar el portátil y salió un mensaje nuevo:

“*Ahora tendrías que esforzarte aún más. El plan establecido está en marcha y en tu “programación” debes ser una excelente cumplidora*”.

«Ya quedaba poco para el desenlace de todo, pronto se reuniría con los “suyos”», pensaba ella, desafiante.

Al día siguiente, Pamela comenzó con el programa, definiendo —en cada circunstancia, en cada situación— el objetivo, el propósito; llegando continuamente a la misma conclusión:

La sociedad estaba manipulando al hombre y, por mucho que ella quisiera ayudar al prójimo, nada había ya por hacer, todo estaba perdido. A pesar de tener suficiente información sobre salud, la gente seguía consumiendo comida basura. A pesar de saber sobre los peligros para la salud del consumo del tabaco, de ciertas drogas, del alcohol, la gente seguía siendo adicta a esas sustancias, a esos vicios, por libre albedrío. Nadie les obligaba a seguir así, a cambiar de dirección, solo unos pocos que se llamaban *ecologistas* procuraban desafiar la corriente, cuidando su alimentación y hábitos de vida en una orientación saludable.

No tardó en darse cuenta de que en la ciudad no sería feliz. Cada vez que veía algo, cualquier cosa, un objeto, un anuncio, una película, encontraba un propósito consumista en su fondo, nada que ayudara a evolucionar, sino a marcar diferencias entre ricos y pobres, entre snobs y gente sencilla; siempre definiendo estereotipos, “etiquetando” formas de vida.

No le costaría mucho cambiar de escenario vital, desprendiéndose de los lastres que la mantenían en la vorágine de la gran ciudad. Era lo que más deseaba: poder por fin emprender el estilo de vida que había considerado ideal desde que era pequeña, cuando salía al balcón y miraba las estrellas buscando en la inmensidad el puntito brillante que, desde él, pudiera recibir alguna señal que le dijera que pronto conocería otro mundo, más interesante que el que se le ofrecía cada día, sin la violencia e imbecilidad que reinaba por los cuatro frentes.

Su madre le contaba historias maravillosas sobre la vida en otros planetas, todas ellas fruto de una gran imaginación, para que volara al mundo de la fantasía y poder recrearse en ciudades de personas altamente evolucionadas, fascinantes a todos los niveles, donde no existía la maldad y se llegaban a materializar los deseos que provenían de las mejores intenciones para favorecer a todo el planeta. Un mundo ideal...

## Capítulo 5

Al día siguiente, Pamela acudió al centro. Todos la miraban tratando de averiguar qué le había pasado. Evadió como pudo a sus compañeros con la elegancia y saber estar de una actriz que lleva el papel bien aprendido.

Mery, la profesora de ciencias, se interesó especialmente.

—¿Qué tal, Pamela? Te extrañamos mucho ayer. ¿Qué te pasó? Me han dicho que te quedaste dormida tras una dura noche de cuidados a una enferma...

Pamela la interrumpió:

—Sí, Mery, ya sé que es inaudito en mí, pero me venció el sueño; además, no hubiera podido llevar el ajeteo de la fiesta escolar. Menos mal que me pudieron suplir. Es fantástico tener buenos compañeros (se refería, por supuesto, a Marc).

Marc estaba detrás, escuchando:

—No supuso ningún esfuerzo, Pamela —dijo Marc— me lo organicé bien.

—Gracias, Marc, ya he visto que, incluso, has logrado animar a algunos alumnos a entrar en la banda de música. ¡Increíble!

—Bueno, he tenido suerte, solo eso.

—Ya verás qué bien le va a venir a Oliver formar parte de la banda, es un gran paso para enderezar a esa alma descarriada...

Volvieron cada uno a sus respectivas aulas, dando comienzo a las clases.

Todos los alumnos, ese día, se sometían a la práctica de enjuagar los dientes con flúor.

Ya disponían en las bandejas vasitos de plástico y una botella de flúor para verter una dosis en cada uno de los recipientes. En cada mesa se iban colocando estos para que cada niño se pudiera enjuagar. Se les advertía de no tragar el líquido, de mantenerlo en la boca unos instantes, contando hasta 20 segundos; de envolver sus dientes con el producto y escupirlo en el mismo vasito. La profesora iría retirando los recipientes con un cubo destinado a ello, expresamente.

Nadie jamás se había opuesto a esta práctica, considerándola necesaria para evitar la aparición de una posible caries. Pero ahora, Pamela no lo vio necesario ni adecuado.

Se dirigió a la clase de al lado y, justo en el momento en el que un niño empezaba a enjuagarse, Pamela lo impidió, retirándole el vasito.

—¡No! ¡No les des flúor!

—Pero si siempre lo hemos hecho —respondió alterada la señora Anderson.

—Pues les hemos podido intoxicar.

—¡Pamela! ¿Qué te pasa?

—Ven, hablemos fuera. Tenemos que impedir que sigan haciendo esto. ¿Sabes qué consecuencias tiene esta práctica?

—Venga, tranquila, no me vas a venir con esas de que les estamos “domesticando”, como los nazis al pueblo austriaco. Esa teoría conspirativa es falsa, todo el mundo lo sabe, son teorías infundadas.

—Mery, ¿sabías que los restos de flúor se depositan en el hipocampo del cerebro, en la zona límbica afectando al comportamiento? ¿No has notado que se están volviendo apáticos?

—Sí, claro. Y también me vas a decir que influirá en la testosterona y la capacidad reproductiva, y el cáncer, etc., etc.

—También, sí, Mery, esto hay que pararlo, tira esa bandeja. Yo iré a las otras aulas para advertirles.

Mery fue a su aula y, ante el comportamiento extraño de Pamela, pulsó la alarma que sonaba en el despacho del director. Era un medio para pedir ayuda sin que los niños sintieran amenaza de peligro.

El bedel y el director se presentaron allí, presenciando atónitos la escena.

Pamela estaba recogiendo los vasitos de los niños; y la profesora detrás, tratando de impedirse.

—¡Pamela, para ya!

Al verse sorprendida en tal arranque, determinó en marcharse, corriendo por los pasillos hasta llegar a la salida.

Desde su aula, Marc, que estaba a tres puertas de la suya, la vio irse precipitada, por lo que salió en su busca.

La encontró llorando a unos pasos del portón del instituto.

—¿Qué te ocurre?

—¡Todo! ¿Me ocurre todo! —soltó Pamela— ¡No soporto ver cómo destruimos la iniciativa de los niños! Con estas prácticas higiénicas, sumadas a las vacunas, a la radiación del wifi y uso de pantallas digitales, estamos favoreciendo la creación de una generación de zombis, no te das cuenta? Estos niños deberían estar en ambientes adecuados para su desarrollo, para descubrir sus potencialidades, en el medio natural, aprendiendo, sobre todo, a ser felices, a saber vivir, convivir, protegerse de los embates de la vida; no aquí, donde se les inculca la necesidad de competir, la rivalidad, confinando su persona en merecedora o no de un aprobado, ¿no lo ves? Marc, estamos fomentando angustias, complejos, ansiedades, no personas creativas que exploren para qué han venido a este mundo...

—¡Pamela! ¿Qué estás diciendo? Ya sabes que hacemos lo posible por desarrollar las aptitudes de los niños, pero no somos los dueños del sistema, no podemos cambiar la organización. Tampoco nos ha ido tan mal. Mira, obtienen buenos resultados la mayoría.

—Sí, a costa de perder su infancia, Marc. A costa de perder la alegría y su propia iniciativa. No serán más que un subproducto social.

El bedel salió e interrumpió la conversación:

—Pamela, por favor, el señor director la reclama en su despacho.

Pamela le siguió y se adentró en el edificio. Sabía que le esperaba una buena reprimenda.

—Siéntese, Pamela. Ha protagonizado una escandalosa escena impropia de su intachable expediente.

—Señor Hudson, debemos replantear el sistema educativo, hay que cambiar la política llevada hasta ahora —rogó Pamela.

—Siempre hacemos lo mejor para los alumnos, usted ha contribuido también en este empeño —contestó el director.

—Pero ahora lo veo todo claro, ahora entiendo muchas cosas. Antes me dejaba llevar por la corriente —dijo Pamela sobresaltada.

—Pamela, tiene usted que tomarse unos días de descanso. Entiendo que las últimas semanas hayan sido doblemente agotadoras y que ha dado el máximo por estar a la altura de las circunstancias —ordenó el director.

—No, no estoy cansada, tengo la convicción de que, si seguimos así, lo que lograremos será crear ciudadanos mediocres. Nuestros alumnos se merecen que les brindemos las mejores oportunidades para poder ser personas íntegras, para que se sientan, dentro de sus posibilidades, felices, no meros autómatas de serie —siguió exponiendo Pamela.

—Pamela, ya no solo se lo recomiendo, ahora se lo comunico: le doy dos semanas de baja laboral. Habrá una sustituta en su lugar, no se preocupe. Márchese a casa y descanse —apuntó el director, ya nervioso.

—¿Cómo puede hacerme esto? ¿No me va a echar por tener esta discusión, verdad? Son solo comentarios, usted no puede hacerme esto —exclamaba Pamela, angustiada.

Marc apareció justo cuando comenzaban a salir a borbotones sus lágrimas de impotencia.

—¡Vamos, Pamela! Te acompañaré a tomar algo, creo que te irá bien una buena tisana —susurró Marc.

Unos minutos después, ambos estaban en una cafetería cercana. Pamela se secaba los ojos húmedos y se sonaba la nariz con gran desconsuelo.

—Será mejor así, los nervios juegan malas pasadas, ya verás que tras unos días te encontrarás mejor.

—¡Marc! ¡No me pasa nada! ¿Tú también piensas que estoy neurótica? —se lamentaba Pamela.

—Yo no he dicho eso. Ni el director lo habrá insinuado. Lo que no es normal es la escenita que has montado. Teme que se vuelva a repetir —se explicó él.

—¿Te acuerdas de aquel alumno al que criticó su maestra poniéndolo en evidencia delante de toda la clase, por tener su hoja de ejercicios algo arrugada? —señaló ella.

—A ver... Sí, el niño cuyos padres vinieron a quejarse del trato indigno que recibió su hijo por parte de esa maestra... Sí, fue un caso lamentable —respondió él.

—Ernest, así se llama. Sí, ¿lo recuerdas? —asoció Pamela.

—¡Sí! ¿Cómo no? Hemos visto pasar por aquí a su familia y no precisamente con buena cara —recordó él.

—¡Sí, ése! Es un claro representante de lo que se sigue haciendo aquí: condenando a inocentes criaturas a llevar para siempre la triste carga de ser un “culpable” de por vida —bordó Pamela su emancipador discurso.

—¿Solo por haber sido reprendido en clase, ya es un mártir? ¿No exageras? —increpó él.

—¡No, Marc! No solo le reprendía su maestra, sino también otro maestro que no escatimaba en apelativos “Peyorativos” como “retrasado” “cabezota” “desastre”, solo por tardar más en acabar los ejercicios o no entenderlos y por ello no resolverlos bien —siguió ella.

—Pero eso lo hemos vivido todos. Alguna vez nos han llamado la atención. Ya sabes que la labor de maestro a veces es estresante: tantos alumnos, tantos objetivos por alcanzar, contenidos a conseguir... —trataba de excusar Marc ese fatídico episodio de tal aberrante actuación.

—Sí, Marc, pero eso no es excusa para que se ponga en evidencia la dignidad de un niño al que van a centrar después todos los demás compañeros como diana para lanzar sus frustraciones —apuntó ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Pues que ya hemos visto cómo los compañeros se ceban con niños como Ernest, motivo de reprimendas del maestro incompetente que le etiqueta de “retrasado” con sus insinuaciones continuas a su problema de atención. ¿O no estuviste de mediador cuando le acorralaron en el patio para hacer escarnio de él? —Pamela hacía recordar a Marc.

—Pero qué me estás diciendo, ¡por Dios! ¡Exageras! —Marc trataba de apagar ese incendio en

su cabeza.

—¿Es que no veías cómo le acosaban, cómo se reían de él? —Pamela parecía sufrir al empatizar con ese niño.

De repente, unos hombres con aspecto de sanitarios se bajaron de un furgón que acababan de aparcar delante del centro. Se dirigieron a la cafetería, hacia Pamela, y, sin más, la cogieron entre los dos a volandas para introducirla dentro de esa especie de ambulancia.

—¿Qué me hacen? ¡Déjenme! —gritaba Pamela.

Pero no pudo hacer nada más, porque inmediatamente le fue administrado un sedante que frenó su resistencia.

Marc trataba de impedir que se la llevaran, pero fue golpeado y siendo apartado de un empujón, hasta que cayó derribado al suelo. Vio cómo se cerraban las puertas con ella dentro y acto seguido el conductor arrancó para incorporarse al carril. Levantándose de un salto, corrió tras el vehículo dando golpes en la carrocería en vano, pues de una rápida aceleración desapareció de su alcance.

Sacó el móvil de su bolsillo y marcó el número de la policía.

—¡Policía! Han secuestrado a una profesora del centro educativo de Santa Inés donde trabajamos, aquí en East 44th, se la han llevado en un furgón con matrícula 7589790MHB, traten de localizarlo, por favor.

Dio todos los detalles del “secuestro” como pudo. Había corrido tras ese furgón golpeándolo, gritando como un loco, y ahora estaba extenuado.

El director salió a la calle ante los gritos de Marc. Desde las ventanas, todos los alumnos se asomaban para ver qué había pasado, expectantes ante tanto alboroto. En la cafetería, también se armó un gran revuelo. Todo el mundo salió a la calle para ver cómo se la llevaban.

—¡Señor Hudson, se la han llevado! ¡Unos enfermeros o algo así se la acaban de llevar, la han sedado! —gritaba Marc.

—¡No se preocupe, Marc! Son enfermeros y la cuidarán —le calmaba el director.

—¡No entiendo...! —negaba Marc.

—Pamela ha tenido una crisis, un episodio psicótico. Tenía que haberla visto desquiciada en el aula, hace unos minutos —apuntaba el director.

—Sí, ¡pero solo ha sido un arrebató! —seguía Marc.

—No, Marc. No. Es un brote psicótico. Pamela ha sufrido un brote paranoide, y estaba en plena progresión —explicaba el director en su honoris causa.

Marc escuchaba, pero no las tenía todas consigo, con esas explicaciones. El comportamiento de Pamela había cambiado, ¡sí!, pero no para considerarla paranoica.

—¡Vamos! Vuelva a su aula. Tiene a su clase revolucionada. La señorita Olivia está intentando mantener el orden —le ordenó el señor Hudson.

—Sí, ahora voy. Pero dígame a dónde se la han llevado. Quiero ir a verla —suplicó Marc.

—¡Claro! Luego pásese por mi despacho y le informo —zanjó el director.

La “normalidad” recobró poco a poco su estado en el centro educativo, pero en las mentes de todos estaba la incógnita de tal suceso.

## Capítulo 6

Pamela abrió los ojos con esfuerzo, sintiendo un gran mareo que la obligó a volverlos a cerrar. Solo pudo percibir una extraña luminosidad encima, sobre su cabeza, desde su posición: tumbada en una especie de camilla de la que se desprendía olor a lejía de sus sábanas immaculadas.

A sus oídos llegaba un zumbido del que podía distinguir un murmullo de palabras que resonaban como un melódico rezo encadenado.

Alguien estaba a su lado, velando su sueño. Al menos, eso la tranquilizaba, no estaba sola, alguien había conseguido encontrarla, lo cual la calmó. Pero lo que no sabía era que no eran precisamente los que la querían quienes estaban cerca de ella. Unas personas con aspecto lúgubre la rodeaban. Tras una especie de ritual, se levantaron y se marcharon igual que una neblina vaporosa y fugaz.

En el instituto, no se hablaba de otra cosa. Marc consiguió la dirección donde retenían a Pamela y se presentó inmediatamente. Sus pasos se dirigieron hacia el pasillo principal y después torció hacia la izquierda. Fue hasta la habitación indicada, se acercó a ella y, al verla inconsciente, permaneció a su lado, tal y como le indicaron las enfermeras, acompañando su descanso.

La hermana llegó hacia la media noche, presa de un ataque de nervios. Se quedó cuidándola hasta el alba, vigilando su respiración, temiendo que despertara y entrara en shock. Sabía de su aversión por las agujas intradérmicas, y ahora tenía una en su brazo, por la que le llegaba el suero.

Le dijeron a Janet, la hermana de Pamela, que esta había sufrido un desajuste en la alimentación y que necesitaba reponer minerales en su organismo, además de proporcionarle un buen aporte de hidratación.

Janet era algo mayor que Pamela, se llevaban cinco años. Al haber quedado solas, tras sus respectivos divorcios, estaban muy unidas a pesar de la distancia.

Solían contarse los problemas para desahogarse y poder ver el mismo asunto bajo otra perspectiva; la distancia les permitía contemplar con mayor objetividad los pormenores de la otra.

Janet llevaba un vestido violeta con un chal blanco, unas chanclas adornadas con flores del mismo tono, pequeñitas, alternándose violetas blancas y margaritas.

En un bolso amplio guardaba unas cuantas lecturas en forma de pequeños libretos que solía llevar a todas partes, y que en esta ocasión le sirvieron para entretener la espera.

Su cabello gris, sin teñir, con el brillo plateado elegante y natural, se dejaba recoger en un romántico moño del que caían a los lados, tocando a la mejilla, unos mechones graciosamente ondulados.

A menudo se quitaba las gafas de lectura que llevaba colgadas, con una cadena azul de bolitas plateadas, para frotar sus ojos y secar alguna lágrima que se le escapaba sin permiso.

Desde hacía un tiempo venía sufriendo el acoso de unos vecinos que le hacían la vida imposible; eran ocupas de una de las viviendas. Janet había destinado todos sus ahorros a esa preciosa casa alejada de la gran ciudad, que de pronto se vio convertida en un verdadero suplicio ante la presencia de un numeroso número de jóvenes que pululaban por las cercanías, afincados en una mansión que hicieron suya y que estaba muy próxima a la suya. El propietario de la casa de

los ocupas no aparecía, pues abandonó esa mansión para irse a otro país y se desentendió totalmente.

Por ello se sentía frustrada, y ante la tentativa de vender lo que le costó tanto construir para alejarse de esa pandilla de borrachos y drogadictos, se vio realmente desamparada sin saber qué hacer.

Su refugio era la escritura, pues en su entorno todo era hastío. Tener que soportar gente tóxica. No poder escapar de las garras del maltrato psicológico. A esos chicos no les importaba insultarla cuando les pedía que por favor bajasen el volumen de sus desquiciantes fiestas a cualquier hora del día y de la noche... Gente que se cree más que nadie; gente que aplasta la sensibilidad de los que se interponen entre ellos y la supremacía de la Verdad Absoluta. Porque el lema de esos jóvenes era la libertad, el rock duro y el amor libre. Eso sí, a todo volumen.

Su hermana, Pamela, ante este gran infortunio, le ofreció entrar y participar en ese *grupo* que conoció en internet, donde seguramente la podrían ayudar a canalizar toda esa angustia acumulada.

Sin dudarle, Janet entró en el grupo “*No sin ti*”, pero su contenido no le daba las suficientes muestras para convencerse de que allí, entre ellos, se encontraba la salida a sus necesidades.

Se levantó de la butaca, miró a su hermana y comprobó que seguía durmiendo. Paseó un rato por la habitación, tratando de desasirse de esos pensamientos que la atormentaban de nuevo, temiendo que esos chavales pudieran haber entrado ya en su propia casa y la hubieran convertido en una nueva sede del gamberrismo.

Se asomó a la ventana, la cual estaba asegurada con barrotes, y a través de los cristales podía divisar un jardín llamativo a la vista, con setos perfectamente perfilados, los cuales hacían bordes en el recorrido de parcelas verdes, como una especie de laberinto cerrado.

Miró de nuevo a su hermana que, tendida en la cama, parecía que no iba a despertar nunca; y suspiró, cerrando los ojos, clamando al cielo por ellas dos.



Paola, la mujer de Francesco, el de la pizzería, fue a casa de Pamela para recoger a la gata.

Había una llamada con un mensaje en su contestador. No pudo evitar la curiosidad y apretó la tecla de escucha.

Una voz masculina decía: —Te he esperado y no has aparecido, ¿Dónde estás? ¡Llámame!

Paola tomó nota del número de teléfono al que debía llamar su vecina y realizó la llamada para avisar a ese individuo del paradero de Pamela. Se trataba de Alexander.

—Muchas gracias, señorita ...

—Tonucci, PaolaTonucci. Y soy señora.

—De acuerdo, Señora Tonucci. Tomo nota de la dirección. Iré lo antes posible a verla. Muchísimas gracias, que pase usted un buen día —se despidió Alexander.

Alexander se acercó al Centro indicado por Paola, con la suerte de no encontrar ningún obstáculo.

—*Ha sido más rápido de lo que esperábamos*— escuchó hablar al director y a Mrs. Jansfield...

Alexander entendió que algo realmente grave le había pasado a Pamela y directamente les preguntó por su estado.

—Perdone, la Srta. Pamela Martín está descansando. No se la puede molestar. Ud quien es? — le dijo el director, bastante molesto.

—Soy un amigo suyo, me llamo Alexander Stone. Habíamos quedado para almorzar. Vengo para ver si puedo ayudar en algo. ¿Qué le ha pasado exactamente?

—Pamela ha tenido una crisis psicótica en el colegio y ha tenido que ser atendida para evitar que se desatara un ataque de nervios de trágicas consecuencias.

—¿Cómo? ¿Tan grave ha sido?

—Sí, Sr Stone, hemos llegado a tiempo para evitar lo peor. Nunca se sabe a lo que un arrebatado de nervios puede conducir.....

—¿Quiero verla! ¿Puedo?

—No, no se la puede molestar. Hay una enfermera con ella, tranquilo. Déjeme su teléfono y le llamaré cuando se restablezca.

Alexander les pasó sus referencias personales del tarjetero que llevaba en su americana. Su tarjeta pasó a manos del doctor, que ni se la miró. La metió en el bolsillo arrugándola por la mitad.

Se despidió de ellos pero se quedó en la cafetería pensativo.

—“*Algo va mal*”... —musitó.

Llamó a Paola, avisando que más valía que prepararan una maleta a Pamela para una larga estancia en ese extraño lugar.

La mujer de Francesco cogió de nuevo la llave del piso de Pamela. Entró cuidadosamente y se asomó la carita de la pequeña felina a inspeccionar el rellano de la escalera. Paola la cogió a tiempo antes de que se escapara y la acarició. Con ella en brazos, pasó y la soltó en el pasillo. Saber que podía estar en el piso de Pamela, sin que nadie la molestara, hizo crecer en ella la curiosidad y exploró en su habitación. Aprovechó para seleccionar ropa y así llevársela al “hospital”. Se decantó por un vestido marrón claro que tanto le favorecía, al igual que una rebeca en tono beige a conjunto. Escogió unos suéters y pantalones tejanos para que estuviera cómoda durante su estancia en ese centro.

Llenó una maleta que encontró en la parte alta de su armario con todo ello, además de la ropa interior que también había seleccionado.

—“*Qué poco gusto tiene para la ropa íntima*” —pensó Paola al ir colocándola.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, Alexander permanecía semioculto en las inmediaciones del centro de atención psiquiátrica.

Quería ver a Pamela a toda costa.

Desde el escaparate de una tienda de ropa cercana, esperaba ver el momento oportuno para entrar. Y así fue. Vio salir al director y a su acompañante, la Srta. Jansfield.

La dependienta de la boutique se acercó a él, ofreciéndole ayuda en la elección de alguna prenda.

—Bonita vista desde su tienda —refirió Alexander.

—Bueno, no tanto. Solo se ven enfermos mentales por las ventanas. Algunas tienen barrotes, parece más bien una cárcel —suspiró la joven.

—Pero hay un parque delante, imagino que pasearán alguna vez por él —interrumpió Alexander.

—Eso es lo que más impresiona, verles medio drogados, con la mirada perdida —lamentaba Sophie

Alexander adivinó que esa chica de ojos azules sabía mucho acerca de ese centro, por lo que, aprovechando sus dotes de seducción planeó crear un clima de confianza en el que desvelar el misterio en torno al edificio.

—Perdone, señorita, no la quiero importunar, tendrá mucho por hacer y yo aquí entreteniéndola.

—De ningún modo, caballero, más bien es una alegría poder charlar con alguien, la mañana está tranquila...

—Es usted muy amable, y su tienda es una maravilla, me ha sorprendido el hallazgo —mintió

—Gracias, señor..., la dueña tiene buen gusto, sí...

—Después vuelvo, y miraré algo para hacer un regalo a una persona, ahora debo acudir a una cita, un placer.

Y marchó dejando tras de sí una estela de fragancia masculina en esa boutique antes perfumada de rosas.

La dependienta se quedó tras los ventanales del escaparate mirando cómo cruzaba la calle Alexander y se dirigía al Centro. «Su cita le esperaría allí», pensó.

Suspiró y volvió al mostrador para seguir leyendo su reciente descarga de romances en Amazon.

En la entrada del hospital o clínica mental, Alexander sorprendió a un par de profesionales que entablaban una tensa discusión.

—Era lo mejor que podíamos hacer...

—Pero había otros caminos... —dijo el otro doctor, sin parar de pasarse los dedos por su corta melena.

—Ya no estamos en la clínica Vancouver, esto es diferente, Stevens...

¿Qué querrían decir con que “esto” es diferente?

¿Qué hacían realmente allí con los pacientes?

Preocupado, deseaba llegar cuanto antes a la habitación donde tenían a Pamela y comprobar qué era exactamente lo que iban a hacer con ella y por qué la retenían allí.

Al pasar por recepción, un controlador con uniforme le impidió el paso.

—Perdone, ¿hacia dónde va...?

—Vengo a ver a una amiga que se encuentra aquí, su nombre es Pamela Salazar.

—¿Tiene usted permiso de visita?

—No, antes nadie me lo pidió. No pude verla, pues estaba descansando y no se me permitía entrar en su habitación.

—Pues lo siento, no puedo dejarle entrar, recibo órdenes expresas de evitar que se la moleste si no es para recibir una visita programada.

—¿Programada? ¿Y dónde debo solicitar ese permiso? —preguntó Alexander asombrado

—Diríjase a la centralita del fondo y allí le informarán —dijo el imponente guarda de seguridad, señalando con la mano, mientras dejaba ver los prominentes músculos de su brazo que estaban deseando reventar de su ceñida camisa.

—Gracias, así lo haré. Buenos días.

—Buenos días.

Y siguió el vigilante recorriendo la corta distancia de una pared a otra como marcando el territorio a defender, cual centinela de las mazmorras de un castillo.

En la centralita le esperaba la respuesta que ya conocía: “*Debió dar una acreditación y esperar*”

—¿Cómo puedo obtener una acreditación?

—Si es usted familiar cercano, su esposo, por ejemplo, o un terapeuta —le respondió la recepcionista mientras no dejaba de mordisquear la punta del bolígrafo mascando chicle a la vez.

Ese tipo de respuestas era producto de una programación, por lo que seguramente estaría pensando en sus cosas mientras le daba al *enter* mental de los pesados de turnos que no conocen las reglas del sanatorio.....

«Bueno, en cierto modo lo soy», pensó. «Estoy en su hermandad, aunque ella no lo sepa». Pero, sin desvelar esa singular familiaridad, tan solo respondió:

—Estoy muy interesado en su estado, pues hace poco sufrió un asalto en el que intervine para socorrerla. En cierto modo, me siento comprometido en su bienestar; la he cogido cariño, ya sabe —dijo, haciendo un guiño.

Con el “*asalto*” se refería al episodio en el aparcamiento del instituto y su recuperación ante el “ataque” de pánico que se apoderó de ella.

—Muy bien, le entiendo... ¿Pero son ustedes familia? —preguntó con una mueca absurda la recepcionista.

—No, no soy pariente directo. Solo somos amigos. Pero no entiendo por qué guardan con tanto celo el que reciba visitas.

—Son órdenes expresas de su psiquiatra. La señora Salazar recibirá visitas ajenas a la familia cuando se considere conveniente —advirtió ella, petulante.

—Muy bien, muchas gracias. ¿Puedo llamar aquí, a recepción, para que me informen de su evolución?

—Sí, claro. Aquí tiene nuestro teléfono —afirmó buscando entre el montón de trípticos algo que le diera por fin carpetazo a esa fastidiosa situación.

Le entregó un panfleto con la información el Centro hospitalario en el que aparecía el teléfono, la dirección y un poco de historia sobre sus orígenes, evolución y desarrollo de la actividad terapéutica que en él se llevaba a cabo.

En él figuraban célebres especialistas en psiquiatría como el Dr Lottman, la Dra Hawcklage y otras figuras sponsors como la emblemática United Hability Production, dedicada a sufragar proyectos solidarios en todo el mundo con sus donaciones.

Esa generosa iniciativa surgió desde el importante peso económico adquirido tras haber intervenido en la administración de vacunas a toda la población norteamericana a principios de los 90 para combatir la viruela, poliomielitis, rubeola, hepatitis...

Alexander recogió esa impresionante información y se fue, orgulloso de dar en la clave de una incipiente investigación que estaba empezando a atormentarle.

¿Qué clase de organización era esa en la que personajes ávidos de ambición, como el conocido Dr. Lottman, estaban involucrados?

Gracias a su pasado “hippie” en el que todo se llevaba a “considerar”, sin tragar ninguna rueda de molino, sopesándolo todo antes de digerirlo en el cerebro y asumirlo como aceptable y limpio de toda sospecha, enseguida dudó de la verdadera intencionalidad de ese Centro. Era un desconfiado nato. Siempre buscaba la mano negra que movía los hilos de cualquier empresa o negocio turbio, por mucho que brillase de fingida decencia. Por ello, pudo reconocer la figura del Dr Lottman como el culpable de los cientos de miles de casos de epilepsia provocados por la prescripción de un medicamento llamado “Deramine”, recetado para incentivar la concentración en estudiantes “despistados” gracias a su contenido derivado de la anfetamina.

La consecuencia fue la creación de una generación de “drogadictos” que necesitaba su dosis de Deramine para centrar su mente, o de lo contrario comenzaban a sufrir episodios de depresión, neurastenia, epilepsia...

No entendía cómo una persona a la que se tachó de “manipulador de mentes” podía estar al

frente de un centro psiquiátrico. Aunque, tal y como en su vida había podido evidenciar, era un claro signo de que el “ojo que todo lo ve” estaba, una vez más, interviniendo en el destino.

Tuvo un arranque de inspiración y volvió a la tienda de ropa. Tal vez esa jovencita podría indirectamente echarle un cable.

—Buenos días, de nuevo. ¿En qué puedo servirle? —Atenta, la dependienta se acercó a él con cara de gran alegría.

—Hola, señorita. No sé si es muy atrevido de mi parte, pero le voy a pedir un favor. Si es tan amable, ¿podría llevarle un encargo a una paciente del hospital? Me gustaría dar una sorpresa con un regalo a una amiga que han internado ayer y he pensado que, como a mí no me dejan entrar, podría llevárselo usted. Me imagino que conoce a las recepcionistas, que habrán venido a su tienda alguna vez, y que tendrá más mano para convencerlas.

—Ah, bueno... —dijo pensativa, chafada en sus planes para intentar conquistarle. Ese hombre tan apuesto no había vuelto por ella, con la excusa del regalo, sino para utilizarla y poder ver a la que estaba ingresada en el sanatorio de enfrente, lo cual disminuyó su interés hacia él.

—Bueno, lo puedo intentar —asumió su papel samaritano—. Sí, claro, de hecho, una de las chicas que allí trabaja es amiga mía y no tengo problema en entrar. Pero, eso sí, no le revele a nadie esto, pues son muy estrictos con las normas.

—No, por supuesto. Quédese tranquila. No pasará de aquí esta confidencia. Muchas gracias. Si me permite, me gustaría invitarla después de su turno a tomar algo..., si es que no tiene inconveniente o un novio que se pueda molestar... —lo dijo sabiendo que esa chica no podía tener novio, dado el interés mostrado hacia su persona, reflejado en su enamoradiza mirada risueña y anhelante de amor y cariño.

—¡Ah...! —exclamó, hinchando su pecho para recuperar aire—, estupendo, sí, ¡cómo no! Y... no... —continuó, tropezándose con sus aceleradas palabras— no tengo novio, por ello no tengo impedimentos. Aunque... para tomar algo, si es que tuviera novio, no tendría por qué pedirle permiso...

—Créame, señorita, si yo fuera su novio, no permitiría que nadie la intentase invitar ni siquiera a cruzar la calle —la asaltó con lo primero que se le vino a la mente—, es usted demasiado bonita como para compartirla, aunque sea en algo tan trivial.

Al mirarla, vio que había surtido efecto su propósito en tal alabanza, confirmando, una vez más, que su sex appeal era —al igual que un Midas— un potente arma de persuasión con el género femenino.

Sophie, la dependienta, era una joven que no superaba los 25. Iba ceñida en una falda de tubo negra que dejaban ver unas impresionantes piernas de vértigo alzándose sobre un par de buenos tacones de aguja.

Alexander la miró más profundamente, atravesando sus acristalados ojos negros que, como dos faros, expandían en quien los mirara la sensación de haber llegado al puerto, a casa, al hogar.

La larga melena azabache de Sophie se divertía con airoso movimiento alrededor de sus hombros, invitando a ser apartado de cuando en cuando, en un gesto femenino tan característico, como el cimbreo de su espalda, en el que participaba casi todo su cuerpo.

Le miraba mientras ensortijaba sus rizos con los dedos de una mano y se llevaba la otra a los labios y entre los dientes inmaculadamente blancos, dando pequeños mordisquitos sobre las pieles tiernas del pulgar, que ya comenzaba casi a sangrar.

Había estado observando casi toda la mañana la monótona rutina de cada día y ahora parecía que se había animado con la aparición y presencia de ese atractivo hombre tan misterioso...

—Me llamo Alexander Stone. Soy representante de la firma Glacial de moda masculina. He venido por unos días para firmar un importante acuerdo con los almacenes que distribuyen varios distritos cercanos. Me hospedo en el Gloria's hasta resolver el asunto que me ha traído hasta Detroit. Después regresaré a París y sería una lástima no haber compartido con una bella dama, como usted, unos agradables instantes tomando una copa de vino, por ejemplo.

—Encantada, Alexander. Mi nombre es Sophie. Ya ve que soy la dependiente de esta tienda de ropa, poco más puedo decirle, salvo que no soy de aquí, sino de Boston. Vine a Detroit para cambiar de aires, tengo familia aquí y vivo con ellos. Acabo mi turno dentro de media hora. Podemos quedar en el Hopping's, es una cafetería, un restaurante de moda que está a tres manzanas de aquí.

—¡Perfecto! —guiño, apuntando en un tiro certero a la diana de su risueño centro del estremecimiento.

—Y...bueno, ya me contará a quién debo entregar ese regalo. —siguió Sophie, intentando esquivar, sin logro alguno, ese ancla que la arrastraría al total sometimiento ante tal personaje singular, enigmático, atractivo y exquisitamente sensual.

—Le daré detalles, no se...no te preocupes, Sophie —le aclaró, acercando sus dedos hasta acariciar su mejilla, como preludio de algo mágico que iba a suceder.

Las palabras quedaron suspendidas en el espacio que les separaba, e iban difuminándose a la vez que la figura de Alexander se alejaba tras cruzar la calle, volviendo la vista atrás para coincidir con la mirada de ella, que le seguía sin poder evitar sentir que un hilo pendía entre ellos dos.

A. Stone entró en la oficina de correos situada a 30 m de la tienda. Compró una tarjeta postal en la que daba claves a Pamela para que le contestara, a través de Sophie, a todos sus interrogantes:

“¿Qué te están haciendo?” “¿Cómo estás?” “Dime cuándo puedo ir a verte”

Después, escogió un bonito set de manicura que incluía tijeras, cortauñas, lima, espejo, con el fin de facilitar su huida, simulando un obsequio sin ninguna otra intencionalidad.

Camufló la postal en el paquete con un envoltorio y un lazo. Se dirigió al local concertado con Sophie, no sin antes hacerse con un ramillete de flores silvestres que rescató del puesto verde de la esquina.

“*Hopping's*” descubría un espacio verdaderamente idóneo para compartir confidencias: Un salón distribuido en íntimas estancias separadas por estructuras de celosía de madera; asientos alargados que permitían el acercamiento; y una tenue luminosidad acompañada de una ambientación musical bastante relajante: algo de jazz con su inconfundible saxofón, el cual vibraba en los tímpanos con la suficiente intensidad para barrer todo pensamiento inquietante.

La camarera le condujo a una de las estancias que resaltaba por la elegante lámpara Tiffany del centro.

Alexander quiso prepararlo todo bien. Volvió a solicitar ayuda femenina y, seguro de sí mismo, como solía ser siempre, se atrevió a pedirle a la rubia camarera de espigada esbeltez que, si cruzaba el “umbral” de ese restaurante una joven de cabello moreno con las características que la identificaban, tuviera la amabilidad de acompañarla hasta ese recóndito lugar donde él la esperaba, «tal cual arácnido espera su presa»... o ¿iba a ser él la presa de Sophie?

Al rato, apareció Sophie, con un deslumbrante palabra de honor que realizaba su immaculado escote. Sus hombros despejados de la melena, gracias a un elegante moño sujeto con una aguja oriental, lucían majestuosos acorde con su fresca y simpática sonrisa.

Alexander se levantó ipso facto, ofreciéndole el ramillete, al mismo tiempo que inclinaba su cuerpo hasta lograr propinarle un par de castos besos.

Tanto su mirada inocente como la sonrisa angelical no correspondían con lo que las ceñidas curvas de Sophie transmitían. Ese cóctel la hacía irresistiblemente atractiva.

Como un poderos imán, Alexander anuló su resistencia a establecer un especial vínculo.

—¡Estás preciosa!

—¡Gracias! Me halaga tu piropo, sabiendo que dominas la moda.

—El corte italiano de tu vestido es realmente único. ¿Qué diseñador es?

—Bueno..., no quiero engañarte, podría decirte que es de uno de los más cotizados, pero como sé que hallarías algún detalle que lo desmintiera, te confesaré que es una creación mía. Lo he confeccionado yo misma.

—Permite que te felicite. Es extraordinario. Tienes talento.

—No solo es mérito mío. Sigo a una modista famosa que por youtube da tutoriales de cómo realizar estupendos diseños.

—Hoy en día hay técnicas para todo al alcance de cualquiera. Pero no creo que hayas podido crear esta obra de arte con solo ver esos vídeos, que tus buenas horas te habrá llevado.

—Tengo tiempo. Es lo que tiene estar en una tienda donde apenas entra una mosca.

Pidieron una copa de vino blanco espumoso.

Ante el silencio algo violento, Sophie entró por fin en el tema de interés.

—¿Tu amiga estará mucho tiempo interna?

—Es lo que quiero averiguar, Sophie. No se me ha permitido contactar con ella y, antes de volver a Paris, quisiera comprobar que está en buenas manos —intentó excusar el interés por su estado para no levantar sospechas sobre la posible gravedad del asunto.

—Si me das los datos, podré sin problema entrar en su habitación y hablar directamente con ella. Intentaré, igualmente, saber a través de Emma, la recepcionista, sobre su periodo de recuperación.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Sophie, eres de gran ayuda —alabó su ofrecimiento, levantando su copa de vino para chocar con la suya en señal de homenaje a su recién originada complicidad.

—Si no es mucho preguntar, ¿qué vínculo hay entre vosotros? —indagó ella.

—No hay un gran vínculo, hemos coincidido un par de veces por asuntos comunes, nada más.

Brindaron y comieron algunas tapas que les trajo la camarera.

Al verse desdibujada la sonrisa por el carmín esparcido, Sophie se arregló sus perfiles sacando de su bolso un espejito, un pequeño peine y una barra de labios. Desplegaba toda su feminidad en cada detalle, en cada gesto. Alexander la miraba embebido por tanta belleza.

Sophie, a pesar de resultar una tentadora Eva, no había encontrado aún la horma de su zapato, alguien con suficiente carisma que pudiera arrastrarla hasta el altar. Sophie era demasiado joven, ingenua; y, aunque no lo dijera a gritos, era como si en el fondo estuviera buscando alguien que la protegiera. Tenía alma de sumisa, y eso a muchos de los jóvenes que llegó a conocer no les atraía. Al menos, a esos que buscaban el prototipo de mujer fatal.

Salieron del local y, habiéndose despedido con un discreto beso en la mejilla, se alejaron el uno del otro en contrapuestas direcciones.

Sophie llevaba la cajita que le entregó Alexander, con sumo cuidado, tratándolo de igual forma que al ramillete de flores silvestres que le había regalado.

Según lo acordado, ella se dirigió al Centro hospitalario buscando a Emma, una de las

repcionistas.

Enseguida entraron en pormenores de chicas. Hablaron seguramente de moda y demás banalidades, en una distraída charla acostumbrada. La una y la otra padecían del mismo mal: el aburrimiento.

Cuando Emma vio llegar a Sophie con ese flamante vestido, no dudó en dirigir toda su atención en el motivo de tal elegancia, sin preguntarse para qué quería ir a una de las habitaciones, lo cual facilitó la entrada de Sophie hasta donde estaba Pamela y así cumplir el deseo de Alexander.

—¿Por qué vas tan glamurosa? ¡Estás hecha una modelo! —dijo envidiosa Emma.

—Ah. Sí..., es bonito, ¿verdad? Hoy tenía una comida con representantes de moda. Ha sido un tostón deprimente, pues eran poco creativos y con pocas novedades...

—Seguro que alguno te habrá echado el ojo.....o estaban ciegos...

—jajajajaja bueno... uno sí que me ha tirado los tejos, pero...ya te lo contaré. Ahora debo entregar este paquete a una paciente, se llama Pamela... ¿En qué habitación está? Se lo voy a llevar yo misma pues la conozco, es cliente mía.

—Anda, qué considerada con tu clientela...a ver, ¿qué nombre me has dicho? Pamela, ¿no? ¿Qué apellido tiene?

—Salazar, Pamela Salazar. Y.....no estará mucho por aquí, ¿verdad? Tengo que enseñarle en la tienda unos trajes cuyo corte le chiflarán. No puedo perder ventas, ya sabes...

—jajajajajaja, bueno, creo que la van a trasladar, pero no sé exactamente cuándo.

—¿Cómo? ¿No la pueden tratar aquí? ¿Tan mal está?

—Verás, poco te puedo contar, pero lo que sí puedo decirte es que algunos se van de aquí y no vuelven más, deben recuperarse del todo en otro hospital, así que ha tenido suerte.

—Bueno, voy a verla, que tengo algo de prisa —dijo Sophie habiendo pescado suficiente información para llenar las cestas de curiosidad de su apasionante hombre elegante...

Sus pasos se orientaron al pasillo alargado, en cuyos laterales se veían las puertas verdes que daban a diversas habitaciones. El guardia de seguridad recorría ese espacio de un lado al otro, escuchando la radio con los auriculares puestos. También el aburrimiento era algo que tenía en común con Emma y Sophie...

## Capítulo 7

Pasó delante del guardia de seguridad dándole un suave toque en la espalda, en señal de saludo. Este condescendió con una amplia sonrisa que fue quedándose a medias para sostener el chicle ya hecho una pequeña bola de estar horas y horas bailando entre los dientes en ese tedioso silencio.

—¿Qué tal, Norman? —Sophie sin dejar de caminar, convirtió su presencia en todo un espectáculo para él, que seguía el bamboleo de su llamativa cadera con ojos llenos de deseo.

Segura de no ser interrumpida en su arriesgada expedición (por nada del mundo dejaría que la pillasen como supuesta infiltrada en una operación con tintes románticos), abrió el picaporte de la habitación 34, la indicada por Emma para encontrarse con Pamela. Sabía que si titubeaba en el mínimo gesto, se encontraría con un sinfín de preguntas que no estaba dispuesta a contestar, una vez superado el principal obstáculo.

Esperaba hallar a una mujer abatida por una depresión o algo así, puesto que todos los que había visto en el jardín tenían aspecto de estar ajenos de ilusión, sin motivaciones; en definitiva, perdidos en la espiral de la melancolía. Pero al ver a esa señora a la que se refería Alexander, sentada en la camilla, como dispuesta a salir corriendo de allí, de mirada despejada y algo asustada, pensó que realmente había motivos para preocuparse por ella.

—Buenas tardes, Pamela. Tranquila, vengo para ayudarla —la avisó antes de que pudiera siquiera intentar escapar, dado el nerviosismo que empezaba a manifestar.

—¿Ayudarme? ¿Cómo? ¿Dándome más pastillas? ¿O inyectándome tranquilizantes? No estoy loca, pero sigo aquí acabaré desquiciándome. Tengo que salir de aquí. No intente drogarme o...

—No le haré nada, Pamela, no trabajo aquí, soy una amiga de Alexander, vengo de parte suya. Ha querido visitarla, pero no tiene la acreditación para ello. Yo he conseguido burlar los controles, así que confíe en mí. No soy de la plantilla de ese Centro —intentó sosegarla y continuó —: Tenga, su amigo ha querido que le entregue este paquete. Está muy preocupado y, aunque no le dejen entrar a verla, yo he podido venir por él para enterarme cuándo puede salir de aquí, pues él tiene que volver a París y no puede irse sin saber de usted.

—¿Alexander? ¿No le dejan entrar? ¿Por qué?

—Bueno, son las normas. Lo hacen para que nadie interfiera en las terapias, supongo.

Pamela desenvolvía el paquete que sacó de su bolso mientras hablaban, intentando hallar algo en él que pudiera ayudarla; o, al menos, saber qué ocurría al otro lado de esas malditas paredes.

En el interior, encontró un set bastante curioso, para haber sido elegido por un hombre, que contenía algunas herramientas propias del que planea una fuga. Limas, tijeras, pinzas; hasta un pequeño espejo. Se le ocurrían muchas formas de utilizarlo y no precisamente para mirarse en él.

Una tarjeta postal contenía todos los interrogantes, todas las preguntas que necesitaban respuesta y que demostraban la inquietud de Alexander. Pero ni ella misma tenía las respuestas. No saber cuánto tiempo permanecería en ese habitáculo era un claro signo de secuestro, en toda regla. Entendió su temor y, sin dudar, ayudándose de un pequeño lápiz, escribió en un lateral de la postal algunas palabras:

“Ven, tengo que huir, es un encierro”

Esas breves palabras bastarían para hacer saltar la alarma de un urgente rescate.

Tendió a Sophie el pequeño paquete con la postal dentro, una vez guardado el set de manicura bajo el almohadón.

—Entréguele esto a Alexander, por favor. Tienen que sacarme de aquí lo antes posible. Me van a drogar y no sé qué van a hacer de mí. ¡Dese prisa!, ¡corra!

Sophie asintió, totalmente sorprendida ante tal escena.

Parecía una secuencia de una de tantas películas de intriga que había visto en las tardes que pasaba junto a su hermana, comiendo palomitas, sentadas en el sofá del salón de la gran casona de su ciudad natal.

Pero ahora la protagonista estaba justo delante de ella, en plena petición de socorro, y debía meterse en el papel de quienes actúan contra la corriente en un caso de conspiración en una institución psiquiátrica de dudosos fines.

La certeza de volver a ver a Alexander y compartir con él toda esa tensión ya le parecía lo suficientemente excitante como para querer proseguir en esa empresa de salvación.

Socorrer a una interna del hospital psiquiátrico situado delante de su tienda, el cual se había convertido de repente en un foco de importantes sociedades secretas, con ocultos fines, era toda una aventura. Su imaginación y los kilométricos volúmenes novelescos de aventuras románticas habían propagado de inmediato en su cerebro un escenario donde iba a desempeñar una gran labor junto a un hombre que despertaba todos sus sentidos con solo mirarla.

Salió disparada, pero con la prudencia de no mostrar evidencias de alarma en su expresión. Contoneó aún más las caderas para asegurarse el pasaporte a la puerta de salida sin tener que pasar por una inspección.

Llevaba el paquetito de la mano, olvidándose de guardarlo, y podían haber descubierto la postal de su interior si la llegaban a parar, pero no fue así. Salió gloriosa, saludando a Emma a través de los cristales de la puerta, indicando, con un gesto de su mano, que la llamaría por teléfono pronto.

El picaporte de la habitación de Pamela no se podía abrir por dentro. Las ventanas estaban selladas; solo entraba aire por un pequeño respiradero con rejillas que se situaba encima de ellas, casi rozando el techo.

Ella intentó hurgar con las tijeras en la maneta y dar con los tornillos, ayudándose de las pinzas y la lima. Así fue aflojando uno y otro hasta extraerlos, con mucho cuidado de no hacer ruido. Al fin lo consiguió y pudo abrir. Ya tenía práctica, pues en el instituto algunos chavales, como travesura, cerraban muchas puertas y bloqueaban las aulas, lo que la convirtió en una experta abre-puertas. Miró a través de una pequeña obertura entre la hoja y el marco, atisbando presencia alguna. Por suerte, en ese momento no había ni un alma por los pasillos. Norman estaba en el piso de arriba; tenía la manía de observar desde los ventanales de la escalera todo aquel que salía de las instalaciones, y seguía los pasos de Sophie con detenimiento mientras su chicle acababa por detenerse, por fin, entre sus dientes apretados e inmóviles. Cuando se concentraba en algo, paraba de mascar; y ahora lo estaba, y mucho.

Salió con sigilosos movimientos, sin saber a dónde dirigirse, cuando empezó a escuchar los pasos desde una de las estancias. Seguramente saldrían y la sorprenderían en mitad del pasillo, lo que le supondría un nuevo encierro con mayores dosis de calmantes.

Entonces, tuvo la ocurrencia de meterse en una de las habitaciones. Como si le hubiera tocado el premio gordo, esa tenía el picaporte abierto. Lo que no sabía era que se podían abrir todas las

puertas desde fuera, pero no desde el otro lado. Había un sistema de bloqueo que impedía salir desde dentro, pero el acceso al interior no tenía más misterio que bajar la maneta. La suerte de no encontrar a ningún funcionario del hospital se sumó al hecho de que la paciente que descansaba en la camilla estaba totalmente dormida y, por tanto, la enferma no clamó el grito en el cielo con su presencia repentina.

“*Otra víctima más*”... pensó Pamela.

Ahora se armaría un revuelo cuando el equipo del hospital comprobase que había escapado. Se desplegaría una búsqueda y ya no podría salir de ahí.

Sophie, mientras tanto, había llamado a Alexander explicándole todo lo que había visto, cual heroína en plena acción.

Alexander acudió enseguida al centro, pues se encontraba en las inmediaciones esperando noticias de Sophie. Entró furioso, ya no le importaba que le detuvieran.

La nota que había escrito Pamela y que Sophie leyó a Stone era un claro signo de que Pamela estaba en peligro.

Irrumpió con la fuerza de un volcán en el hospital, llevándose por delante a dos enfermeros que le intentaban detener, diciéndoles que no estaban en su derecho de negarle la visita a su amiga.

El guardia de seguridad estaba en ese momento en la habitación 34, junto a dos médicos, intentando explicarse cómo había podido abrir la paciente Salazar el picaporte, con qué objeto pudo desajustar los tornillos que aparecieron en el suelo.

Alexander consiguió desahucarse de los bata blanca, que más bien estaban deseando terminar su turno para salir de allí a tomarse unas cervezas y conectar con el mundo real. «Ya se encargará el de seguridad», se dijeron con la mirada, y continuaron la ronda de supervisar a los que iban despertando de sus letargos a base de narcóticos. Sin embargo, las chicas de recepción no paraban de avisar al director a través de los teléfonos, alertando a Norman también para que corriera a detener a ese hombre que se les había colado.

Stone escuchó unas voces en medio de su carrera. Provenían de la misma habitación donde estaba Pamela, la número 34, y al colocar su oído en la puerta pudo escuchar que comentaban lo sucedido con Pamela, sobre su proeza al lograr abrir la puerta y salir de la habitación, y lo urgente que era encontrarla para volver a sedarla. Alexander se sintió orgulloso de Pamela, pero ahora lo tenía más difícil para dar con ella e intentaba adivinar dónde se habría escondido.

Sin dudarle, empezó a abrir las puertas contiguas a la habitación, arriesgándose a encontrar en ellas a médicos que le impidiesen seguir su búsqueda pero también esperando hallar a Pamela escondida, esperándole o intentando escapar.

Tras dos intentos fallidos de dos habitaciones con enfermos en pleno delirio de enajenación, abrió finalmente la puerta que descubría a una Pamela intrépida, dispuesta a atacar a quien osara llevársela de nuevo al patíbulo de las intravenosas....

Salir no fue fácil. En un mismo instante entraron todos los directivos, Norman incluido, a la habitación donde se encontraban Alexander y Pamela. Las cámaras eran testigo de los movimientos de Alexander y ya estaban siendo supervisadas por las chicas de recepción. Con un gesto hábil, Alexander se hizo con el arma de Norman y apuntó con esta a uno de los médicos. Se apartaron todos dejándolos pasar. Por muy importante que fuera esa paciente, no merecía que se derramase sangre y levantara una polvareda mediática. Alexander no dejaba de apuntar a todos lados hasta que pudieron llegar al pasillo principal. Emma los miraba desde los ventanales de la recepción, atónita, inmóvil, y, junto a su compañera, se agacharon para esconderse bajo la mesa.

—Abre la puerta o disparo —ordenó como un perro rabioso a las chicas, para que accionaran

la apertura del portón.

El sonido inconfundible del mecanismo bastó para no insistir más en ello. Salieron a la calle a toda prisa y todo fue un no parar de correr y mirar alrededor hasta llegar al coche donde les esperaba Sophie, tal y como habían acordado. Ella pisó el acelerador con sus tacones, con tal mala fortuna que se hundió totalmente el pedal y chocaron en esa precipitación contra un coche, originando un gran caos en toda la avenida. Pero continuó la fuga como pudo.

Después de atravesar varias avenidas, entraron en un callejón difícil de encontrar, lo ocultaba la valla de unas obras públicas que pudieron apartar y volver a colocar. Salieron del maltrecho Focus blanco, buscando la manera de camuflarlo y tratar de coger otro coche después, para no ser perseguidos por la policía, a la que los del Centro seguro habrían ya dado parte del suceso desde el hospital.

—Sophie, siento mucho que hayas tenido que formar parte de este rescate, ahora estás involucrada directamente y me siento responsable de lo que pudiera pasarte. Investigarán y sabrán que has tenido que ver, que nos has ayudado; y tendrás problemas. Déjame ayudarte, debes desaparecer hasta que todo se aclare y consigamos que salga a la luz lo que realmente está pasando en ese centro y, bueno, en otros grupos sectarios.

La cara de espanto se sumó a la de incertidumbre.

Toda ella era un gran interrogante que no daba crédito a la situación que se le presentaba. La parsimonia en su día a día había acabado de una manera rotunda y dramática.

Solo le quedaba confiar en las palabras de ese hombre, ya estaba atando demasiados cabos y aceptó su consejo.

Desde el móvil llamaron un taxi que les llevó directamente al aeropuerto.

Allí, según instrucciones, les esperaban Francesco y la hermana de Sophie, con los pasaportes que recogieron de las viviendas de Pamela y Sophie además de unas gafas de sol que ocultaran sus rostros bajo sus inmensas lentes oscuras; y, eso sí, una estupenda pizza que llevó el gran Francesco para que recuperaran fuerzas antes de embarcar. Así mismo, una carta para Pamela de su hermana Janet, que fue igualmente avisada de lo sucedido.

—¿Pero dónde vamos a ir? —se preguntaba Sophie.

—Es una sorpresa... —respondió Pamela mirando a Alexander, pues eran cómplices en ese nuevo destino.

## Capítulo 8

### *Destino: España*

Tras un vuelo tranquilo, en la nocturnidad que permite desnudar las agotadoras vestimentas del estrés diario, tanto Alexander como Sophie así como Pamela, respiraron por fin con gran satisfacción al verse totalmente libres, empezando un nuevo día en un nuevo país.

Barcelona se ofrecía como un oasis en medio de la tormenta personal de cada uno.

Sophie no podía estar más feliz, viviendo una increíble aventura junto al hombre que consideraba el más guapo y elegante de la faz de la Tierra. Pamela por fin cumpliría el sueño que la mantenía con ilusión cada día: poder visitar Barcelona y en especial el Monasterio de Montserrat. Pero Alexander parecía tener otro propósito en su desmedida actitud protectora hacia Pamela.

Ella no desveló su especial interés a Alexander ni a Sophie al haber escogido España como destino, no lo entenderían fácilmente, y no tenía ganas de explicar cada detalle que hacía que esas montañas que rodeaban el Monasterio fuesen como poderoso imán del que difícilmente podía dejar de sentirse atraída.

Decidieron alojarse en el centro, en plena Gran Vía, en un hotel con fachada modernista. La entrada, decorada con un arco triunfal de modestas dimensiones, lucía unas bandas lombardas en sus columnas y capiteles corintios sobre ellas, dando un acogedor recibimiento. Iban recorriendo el hotel admirando el arte plasmado en cada detalle.

Mientras tanto, en una de las salas del hotel estaba teniendo lugar una conferencia. Una señora con aire de poeta hablaba a los atentos y numerosos asistentes que ocupaban todas las sillas colocadas para el evento:

*“Una mujer vaga sola por la montaña, recorre caminos que va trazando a través de matorrales y arbustos. Su cuerpo avanza obedeciendo a una misteriosa voz que atrapa su voluntad.*

*En silencio y. como en sueños, se va perdiendo en la espesura hasta llegar al punto de no retorno.*

*Algo la ha traído hasta allí, una fuerza inexplicable que se apodera de los sentidos y la razón de todo aquel que visita esos lares.*

*Montserrat, la emblemática Montaña Serrada: es considerado uno de los lugares con gran carga telúrica en todo el mundo.*

*Dada su original formación sedimentaria debida a un legendario rio que formaba un delta en sus latitudes, estas montañas surgieron de la elevación de dichos sedimentos —tanto de vegetación como de animales— debido a la confrontación de placas tectónicas. Sus caprichosas formas son, además, producto de la erosión del viento a través de los 50 millones de años que han transcurrido hasta el día de hoy.*

*El estado de elevación que lleva a la desorientación puede deberse al efecto que produce la ionización de su subsuelo. En sus entrañas, un lago discurre haciendo que emerja a la superficie de su corteza una energía que podríamos conceptuar de anti gravitatoria.*

*Al igual que si frotamos el bolígrafo contra el tejido y después pasamos ese bolígrafo sobre trocitos de papel, viendo cómo éstos se elevan y quedan pegados en el mismo bolígrafo, así podemos experimentar una fuerza con gran poder de atracción.*

*Dicen que, una vez experimentada esa sensación, jamás vuelves a ser el mismo, y que un deseo de volver a vivir ese estado lleva a muchos a querer perderse por los caminos hasta desaparecer, para, posteriormente, en meses o años, ser hallados sus restos por montañeros ávidos en descubrir aquellos inaccesibles parajes.”*

Entonces, intervino una de las asistentes, llamada Elena:

*“Nunca he llegado a alcanza tal nivel de conciencia como el de aquel día:*

*Subíamos por una ladera, con ansias de alcanzar la altura suficiente para divisar las espléndidas vistas que ofrece el macizo de Montserrat.*

*A medida que nos acercábamos a cierto paraje, y nos íbamos despegando de la perspectiva, empezamos a sentir que algo extraño sucedía allí.*

*Como si se parara el tiempo, se detuviera todo y se formara parte del paisaje, integrándose totalmente, igual que las plantas o el aire,... una especie de hechizo que envolvía ese instante en el que te fundías totalmente con todo tu ser, toda tu mente, liberando el espíritu hasta convertirte en eso, un espíritu libre en plena paz y armonía.*

*“Nada perturbaba esa quietud, esa calma. Cada paso era como si ya estuviera acordado, solo había que seguir dejándose llevar...”*

Elena dejó el micro y se volvió a sentar, dando paso a la anterior conferenciante:

*“Cuentan que una chica fue encontrada por el bosque por un pastor. La joven estaba desorientada. La cuidaron acogiéndola en su casa su mujer y él, pero se fue cuando nadie se percató de su marcha para regresar al bosque..., y ya no la volvieron a ver más...”*

*Por ello, ese hechizo llega a ser muy poderoso, hace perder la voluntad en ciertas personas”.*

Pamela entendía perfectamente el español, y se quedó boquiabierta, prendada de esa exposición, de los hechos, sensaciones, circunstancias que acaecen en el preciso macizo montañoso de Montserrat... Ya lo había leído en numerosas revistas y se sentía atraída por esas montañas. Era una extraña casualidad estar allí, escuchando esa parte del misterio que tanto llamaba su atención desde hacía bastante tiempo. ¿O era más bien causalidad?

Se quedó sola petrificada escuchando, viendo las increíbles imágenes de la montaña que exponían en diapositivas, destacando la imponente presencia de las elevaciones rocosas frente al Monasterio benedictino.

Entretanto, Alexander y Sophie estaban dando los nombres en la recepción para que les asignaran las habitaciones.

Sin pensárselo dos veces, se acercó a las dos mujeres una vez finalizada la charla que siguió a sus comentarios, basados en casos reales, estudios asociados a esas extrañas desapariciones, con nombres y apellidos.

Sophie y Alexander, una vez resuelto el tema de las habitaciones, habiendo escogido una amplia para las dos y otra sencilla para él en el mismo piso y pasillo, fueron a buscar a Pamela.

La encontraron en una centrada conversación con esas dos mujeres, ambas de unos 40 años, que parecían compartir con ella un mismo interés.

Y, efectivamente, comprobaron que se trataba ni más ni menos que dos entendedoras de la enigmática Montserrat, o Monte serrado, como sería su exacta traducción del catalán.

No quisieron interrumpir ese intercambio de experiencias e inquietudes y decidieron esperar a

Pamela en el hall del hotel, tomando un café mientras tanto.

Al cabo de unos interminables minutos, después de degustar el magnífico café del hotel, apareció Pamela con un montón de trípticos en la mano, feliz de haber encontrado algo que facilitaría su búsqueda.

—¿Por qué estamos aquí, Pamela? ¿Vas a contárnoslo ya? —preguntó Sophie—. Desde que nos hemos ido de Detroit, no hemos tenido ningún momento para que, con tranquilidad, me lo puedas explicar. Tengo que saber a qué atenernos. ¿Por qué Barcelona? —acentuó más su pregunta.

—Vamos a comer algo, luego te cuento, te lo prometo —intentó demorar la respuesta Pamela.

Estaban en el comedor del hotel, con los platos servidos, dispuestos a llevarse a la boca, con los finos tenedores, los tomates cherry y trocitos de queso fresco de la colorida ensalada mediterránea que acompañaban al menú.

Sophie apenas pestañeaba, atenta a lo que se iba a desentrañar. Había disfrutado del vértigo de la aventura en esa “escapada” atravesando el océano, pero tenía ansia de respuestas.

Esa experiencia era todo un acontecimiento en su rutinaria vida, la cual se iba acelerando al igual que su corazón se embalaba cuando se encontraba muy cerca de Alexander.

Parecían miembros de una familia a la que había unido un destino fortuito.

En apenas dos días, sus vidas habían cambiado al haberse cruzado en las mismas coordenadas espacio—temporales, originando un terremoto en su estabilidad, igual que las placas tectónicas colisionan originando cordilleras.

Pero Pamela no decía nada. Se hallaba sumisa en un estado de mutismo.

Tan solo comenzó a desplegar un mapa para guiarles hacia un punto concreto de la provincia de Barcelona.

—Veréis, no os puedo explicar todo lo que vamos a hacer porque no lo entenderíais. Es mejor que confiéis en mí y sigáis mis instrucciones —Y siguió diciéndoles—: En determinado momento, algo sucederá y todas vuestras dudas quedarán satisfactoriamente despejadas. Pero, por favor, no me hagáis adelantaros nada hasta que no estemos en el lugar apropiado; después, todo sucederá y hablará por sí solo.

Sophie y Alexander se quedaron pensativos, pendientes de todo detalle que a Pamela se le pudiera escapar de esa especie de “pacto de silencio” con el misterio que la conducía por ese territorio.

—De momento os diré que debemos ir hacia Montserrat.

—¿Montserrat? ¿Qué hay allí? ¿Es un pueblo? —preguntó Sophie. Miraba también a Alexander, pero él callaba.

—Montserrat es un enclave situado a unos 60 kilómetros de Barcelona. Es un macizo montañoso considerado, desde hace cientos de años, como un lugar mágico.

Pamela paró de comer al sentir pronunciar esa palabra: “mágico”, procurando no caer en la caricaturización de su definición, esperando que los dos, Alexander y Sophie, respetaran el sentido de lo que realmente quería expresar, que Montserrat es un lugar muy especial, cuyo influjo no deja inmune en todos los que la visitan.

—¿En qué sentido lo consideran un lugar mágico, Pamela? —preguntó totalmente intrigada Sophie, la chica que se devoraba libros y libros sobre leyendas y misterios sin resolver.

—¿Veis estas formas agudas en las montañas de Montserrat? —Pamela mostró unas estampas de dichas agujas rocosas que figuraban en el tríptico.

—Sí, son como menhires —aludió Alexander, mirando a Pamela de una manera muy singular.

—¡Exacto! —exclamó ella—. Estas emiten frecuencias magnéticas positivas, beneficiando a

los visitantes que acuden al lugar. Aparte de ello, es sabido que en su interior, hay un gran almacenamiento de agua subterránea proveniente del agua que se filtra de la lluvia hacia las corrientes freáticas. En serio, hay seguramente un gran río bajo Montserrat.

—He oído que en lugares donde existen corrientes de agua subterránea, se origina una fuerte ionización ambiental —siguió profundizando Alexander, demostrando poseer bastantes conocimientos al respecto.

—¿Y para qué es buena la ionización? —interrumpió Sophie, deseosa de conocer todos los pormenores de esa gran revelación.

—Verás, Sophie, los iones están presentes en la atmósfera, nos influyen según sean positivos o negativos. Así, cuando experimentamos esa sensación de bienestar tras la lluvia, son los iones negativos los que inundan la atmósfera, mientras que los positivos son los que se encontraban antes de la lluvia, en el ambiente cargado de electricidad —aclaró Alexander.

—Ah, sí, claro, ¡cómo no había caído! Tengo, precisamente, un ionizador en la tienda, para despejar el ambiente. Y, sí, es cierto, me encanta esa sensación tan placentera al cesar la lluvia... el olor a tierra mojada... —rememoraba Sophie, mirando hacia arriba, rescatando esa sensación.

—Pues —siguió Pamela— ese efecto ionizante, junto a las energías telúricas de sus agujas, hacen que Montserrat se convierta en un potente transmisor de fuerzas, desde donde se pueden establecer contactos con mundos de otras dimensiones.

—Pamela, realmente es fascinante todo lo que nos estás transmitiendo. Quiero ir a sentir esas energías y poder comprobar que la vida no es tan solo nacer, crecer, morir..., que hay algo más..., que tenemos proyección en otros mundos, quizá paralelos; quizá podamos vernos en otras vidas, en otros planetas... —susurró Sophie, en voz baja, como si fueran de una sociedad secreta en busca del arca perdida.

—Se cuenta que bajo las impresionantes montañas se halla oculto el más buscado tesoro de todos los tiempos, el Santo Grial —leía Sophie en voz alta de uno de los panfletos—. Que ni el mismo Hitler, en su afán por conseguir el éxito en su ambiciosa conquista de territorios y poder, pudo hallar —continuó su interesante lectura—, a pesar de haber ordenado a Himmler que lo requisara, (ya que supuestamente se encontraba en el Monasterio, bajo su subsuelo, en uno de los túneles que, según Richard Wagner en su ópera Parsifal, escondía el valioso objeto poseedor de la mayor fuente de poder jamás conocida, capaz de convertir al ser humano en una especie de semidiós).

Todos se miraron con aire de intriga a la vez, cómplices en algo muy interesante que iban a compartir.

Terminaron la comida. Pamela quería coger un taxi para llegar a Montserrat. Fueron a la recepción donde una joven amablemente les reservó el viaje para los tres en una excursión que estaba incluida en la programación de salidas culturales del hotel, y que en pocas horas tenía lugar.

Hacia las 10 h de la mañana, de ese preciso día 11 de agosto, subieron al autobús destinado a llevar a los 60 ocupantes a pasar el día y la noche en la Hospedería del Monasterio benedictino de Montserrat.

## Capítulo 9

En el autobús les pusieron un documental. Salían imágenes impactantes de lugares mágicos como la Montaña Tianzi de China, y otros como Stonehenge, Inglaterra, Amesbury.

Un locutor con tono profundo y melodioso, narraba así:

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que los hombres poseían la capacidad de comunicarse con la Tierra y el Cielo.

Establecían asentamientos guiados por una ancestral sabiduría recogida del inconsciente colectivo. tal como decía Jung, discípulo de Sigmund Freud.

Reunían, además de los fundamentales principios de las influencias planetarias y sus respectivos astros, unas básicas percepciones de las importantes fuerzas telúricas de GAIA<sup>[1]</sup>.

Aún quedan zahoríes con este sexto sentido y desarrollan esa habilidad para detectar corrientes electromagnéticas del subsuelo, conocidas como "*el sendero del Dragón*", nombre que da comienzo a este apasionante viaje donde, al igual que la luz produce sombras, aparecen extrañas situaciones a ser desveladas por la lucidez de quienes saben descifrar sus enigmas.

Un recorrido por la Historia, conociendo nuestro antepasado celta, así como los legendarios *Bon Homes*, los cátaros, nos dan la clave para conocer y descifrar los impresionantes misterios que encierra la mágica Montserrat, emblemático enclave montañoso que irrumpe. en apenas 60 km de la provincia de Barcelona, como una antena poderosa hacia las fuerzas del Cosmos.

## Capítulo 10

Alexander mostraba cada vez más nerviosismo. Al llegar a Montserrat, se apartó un poco y empezó a hablar a través de su móvil:

—*Ya estamos en el enclave estratégico, señor Evans. Necesito saber dónde será el encuentro. Nos acompaña una “presa”... sí, perfecto, en esas coordenadas nos hallaremos a la hora acordada...Hasta pronto.*

Sophie y Pamela habían intercambiado una agradable conversación con los miembros del grupo que iban a participar en la caminata.

Casi todos eran extranjeros provenientes de diferentes países: Francia, Inglaterra, Holanda, Italia... Así pues, hablaban entre ellos en inglés.

Llegó el guía que les iba a llevar a la ruta programada. Se llamaba Mario.

Sus ojos eran rasgados, de gran profundidad, por los que parecía expresar, además, una gran vida interior.

Llevaba melena larga, recogiendo mechones por encima de la cabeza en una descuidada coleta.

No tenía la barba muy poblada, lo suficiente para perfilar la agudeza de su barbilla y cubrir parcialmente el mentón.

El bigote marcaba un ángulo bajo su delgada y afilada nariz.

Mario venía de una familia de viajeros, había nacido en Londres, aunque casi toda su vida se la pasó de un país a otro, pues sus padres se dedicaban a crear modelos de casas elevadas sobre los árboles, entre sus copas, teniendo bastante éxito dada su adecuada arquitectura integrada en la Naturaleza.

Les explicó que había vivido en una de las ermitas de los alrededores durante mucho tiempo, asimilando la fuerza telúrica de esas montañas, recorriendo palmo a palmo cada sendero y originando otros para, según él, poder llevar a todos los caminantes a conocer los mejores lugares donde disfrutar de las mejores vistas.

Gracias a la ropa que les habían facilitado en la tienda cercana al hotel, pudieron ir cómodos en este itinerario.

En el grupo que formaban, se decidió hacer un recorrido muy habitual para los que, como ellos, ansiaban buenas panorámicas y tomar nota de lo más representativo.

Habían comenzado saliendo desde la ermita de Santa Cecilia, donde aparcó el autobús que les llevó desde su hotel.

Todos iban subiendo las escaleras que se dirigían al GR. “*Era fácil*”, pensaron los estudiantes, pero la marcha se fue complicando a medida que iban ascendiendo hacia los pies del canal de San Jerónimo, con una altitud de 697 m.

Hacia *San Llorenç del munt i l’obac* continuaron, después, pasando por varias agujas, con lo que aminoraron el paso para hacer fotos y captar tales volúmenes que apuntaban al cielo.

Se encontraron con cabras hispánicas que corrían y saltaban los peñascos, cerca del canal de la Fuente de la Luz.

Otro canal les esperaba, el *canal del Miracle*<sup>[2]</sup>.

Volvieron a subir más escaleras, según indicaba el GR, para encontrarse con algo espectacular:

“*los Frailes encantados*”.

Cuando vieron esas gigantescos “monolitos” no pararon de disparar las cámaras, pues comprendían que estaban ante una de las muestras de la Naturaleza en las que parecía emitirse un mensaje con gran fuerza.

Siguieron el recorrido hasta poder divisar “*La Foradada*”, una curiosa oquedad triangular de 10 m de altura y 6 de ancho, en una gran roca que parece obra del hombre, a pesar de su gran dimensión, por la que el sol pasa a determinada hora en determinada estación del año; y “*La Cadireta*”, una formación rocosa que simula la cabeza de un dragón mirando al Norte.

Algunos preguntaban por el *castillo Ferrán*, pues tenían que hacer un trabajo que incluía su localización. Era un estudio de la zona, en ese punto preciso, que les pedían en la Universidad para completar la tesis de Geografía e Historia.

Siguieron así hacia el camino del refugio *Vicens Barbé*. Había indicaciones que les señalaba Mario, para que no perdieran detalle e hicieran fotos que demostraran que habían estado haciendo ese recorrido: el *PR C—78*.

Al ver lo que les esperaba después, algunos preguntaban si podían ir por otro sitio, pues estaba muy empinado. Se trataba del “*Pas de la portella*”, unas escaleras hechas en el gran terraplén por el que había que ir más bien a gatas.

Al llegar a la altitud conseguida, a unos 900m, cerca de un refugio, se quedaron alucinados: se veían las agujas con tal perspectiva que jamás olvidarían esa expedición.

Les costó dejar ese “templo”, pero siguieron el camino hacia *Coll de Port, Coll de Comes*, viendo desde abajo el “*Cabrit*”: una aguja con forma de cilindro.

El sendero se volvió más peligroso al bajar a la “*Coma dels Naps*”, y tuvieron que ayudarse de cuerdas y arneses.

Ya les quedaba subir por un caminito que se metía en el bosque. Pudieron ver bien la “*Roca de los rayos*” y sus impresionantes marcas, como grandes arañazos.

La bajada se hizo más y más peligrosa y tuvieron que ayudarse nuevamente de cuerdas que Mario se aseguraba de atar bien a la cintura de los componentes del grupo.

“*Antes había una buena cuerda aquí preparada, pero la han quitado... Es igual, tened cuidado y bajemos. ¡Demostremos que somos capaces de hacerlo!*” —decía Mario, animando a todos a hacer un poco de escalada.

Podían agarrarse por los escollos de la grieta de la gran roca; en eso eran todos hábiles.

Llegaron, al fin, a otra de las panorámicas impresionantes, el “*Montgròs*”, situado a 1133m.

Las agujas se divisaban a la izquierda desde esa posición.

Los “*Ecos*”, rodeados de verde vegetación, y “*San Jerónimo* (el pico más alto), al centro.

A la derecha, “*Les Magdalenes*”: grandes montículos que contrastan por su aplastamiento frente la elevación de todas las agujas.

Bajaron por grietas de difícil acceso, pero que aceleraban el regreso al punto de partida.

Llegaron a lo que se conoce como “*l'albarda castellana*”: una planicie en la formación rocosa, desde la que se divisaba un majestuoso paisaje.

A la izquierda, fueron hacia las escaleras para subir a “*Sant Jeroni*”, de 1237 m de altitud, dominando visualmente gran extensión de paisaje de gran belleza desde allí: “El *Montgròs*” a la izquierda, “*La Roca de los Rayos*” y “*La salamandra*” a la derecha.

Cuando logró el suficiente silencio para la charla, Mario comenzó aludiendo al remoto origen de esa curiosa e imponente formación montañosa, hace 50 millones de años, fruto de los

sedimentos del delta de un gran río. Ese río venía precisamente de Baleares, que entonces era un gran macizo montañoso, como los Pirineos.

*“La placa Ibérica, de pequeñas dimensiones, chocó con la plaza Euroasiática, variando su posición, hundiéndose la parte de Cataluña central, que fue invadida por el Mar Cantábrico por completo.*

*Grandes ríos, como el que os señalé anteriormente, originarios del relieve Mediterráneo, desembocaron en estas latitudes.*

*Os preguntaréis cómo un río, que viene del este, desemboca en el oeste, pues os diré que entonces tenían ese recorrido, al contrario que hoy día”,*

—Eso explicaría el sentido contrario de las agujas al del litoral... —expuso Alexander.

—Una de las explicaciones de esta curiosa inclinación puede ser esta, pero hay otras versiones que no voy a exponer ahora, pues tenemos poco tiempo para volver —aclaró Mario.

Durante la vuelta, Alexander, de vez en cuando, se apartaba; hacía ver que contemplaba toda la maravillosa extensión de agujas y formaciones rocosas y la vegetación que surgía entre ellas e intentaba, sin fortuna, escalar sus cumbres.

Pero parecía que iba buscando algo más que unas buenas vistas.

Sophie se acercó, en una de esas “escapadas”, y le preguntó:

—¿No te pasará como a los montañeros que se sienten inclinados en perderse por los caminos?

—Nooo —dijo riendo Alexander—, estaba buscando algún tejo.

—¿Tejo? ¿Qué es un tejo? —preguntó Sophie, con los ojos llenos de curiosidad.

—El *tejo* es el árbol sagrado que, para la mitología celta, tenía mucha importancia. La doctrina druida lo relacionaba con el paso de las almas al más allá —ilustró Alexander.

—¿Y cómo es?

—Por aquí suelen ser grandes, la mano del hombre no los puede atacar para utilizar su madera, pero prácticamente están extinguidos. Son de copa piramidal, robusto tronco, con tiras finas y ramas que contienen sustancias muy tóxicas, alucinógenas. Las bayas son rojizas, pero no son tóxicas. Eso sí, si las comes, quítales las semillas —advirtió Alexander.

—Sabes mucho de todo lo referente a estas latitudes, me da a mí que Pamela y tú estáis demasiado interesados en todo ello —soltó Sophie guiñándole un ojo.

—¡Jajajajaja, Sophie!, lo que pasa es que me he leído todos los trípticos en el viaje —se excusó por haber dado esa impresión.

Entretanto, Pamela hablaba con Mario y la posibilidad de ver algún avistamiento esa noche, pues coincidía con el día 11, que, como todos los meses, ese mismo día reunía a cientos de personas que acudían para intentar ver algún OVNI en esas inmediaciones.

Apareció un gato ante ellos, de color negro, e, inmediatamente, se dispararon los flashes sobre él.

—¿Pero qué ocurre? —exclamó Sophie. ¿Es que nunca han visto un gato?

De repente, apareció ante ellos Maya, a la que Mario saludó con bastante simpatía, por lo que adivinaron el resto del grupo que se trataba de una compañera, una guía como él en esa inmensa montaña. Tomó al gato entre sus manos acariciándole la cabecita.

—Por aquí hay muchos gatos, sí. ¿No son preciosos? —expresó sonriendo la bella Maya.

Pamela la miró extrañada, dada la súbita aparición de la joven.

—¿De dónde has salido? —le preguntó.

—Estaba comprobando la accesibilidad de unos senderos, oí voces y he pensado que ya era hora de tomarse un respiro. Me llamo Maya, Maya Santos.

—Pamela Salazar, un placer conocerte.

—Un momento..., te llamas Salazar... ¿No habrás vivido en Detroit?

—Sí, así es. ¿Por qué? —indagó Pamela, sorprendida.

—Tengo parientes lejanos allí..., pero sería demasiada coincidencia que fuera usted de dicha familia... —susurró Maya.

—Sí, sería demasiado casual..., pero dicen que el destino es imprevisible... —suavizó Pamela.

—¡Vaya! ¡Ya lo creo! No hay imposibles en esta vida —continuó Maya, haciendo ver que en su vida había experimentado más de un episodio curioso por circunstancias inusuales.

—Dime, ¿de qué familia se trata? —profundizó Pamela.

—Es una larga historia... ¿Por qué no lo hablamos en la cena? Seguramente iréis todos con Mario al mismo albergue.

—Sí, de acuerdo, nos vemos en el albergue, será interesante ver si tenemos algo en común, quizás... No se sabe nunca... —sonrió Pamela, divertida por esta nueva situación, acompañando, al misterio de Montserrat, el de la familia de esta joven tan agradable.

Durante la cena, no pudo verla, la buscaba entre el ajeteo de platos, de idas y venidas de los viajeros que se servían del buffet del gran comedor del albergue. Pero presentía que estaba despejándose el terreno y que la aparición de Maya, cuyo nombre tenía mucho que ver con un antepasado suyo, podría tener que ver con lo que verdaderamente estaba ansiando encontrar.

—Pam, te veo muy ensimismada —pronunció Alexander, deseando entrar en el circuito de sus pensamientos.

—Es esa chica, la que apareció en la excursión. ¿Sabes que me es demasiado familiar, que puede que su historia tenga algo que ver con la mía?

—¿Por qué lo dices? ¿Por lo de Detroit? El mundo es un pañuelo.

—No, no es solo por eso. Verás, todo se remonta a mis antecesores. Siempre he querido saber acerca de mi árbol genealógico. ¿Tú no?

—Bueno, hasta donde yo sé, mis abuelos eran italianos, emigraron a Inglaterra por negocios; de ahí, quizás, mi sangre latina —le guiñó un ojo a Sophie, que seguía naufragando en océanos de aventuras en su imaginación.

—¿No crees que deberíamos tener todos un mapa de nuestra procedencia? Eso explicaría muchas de nuestras aficiones, del por qué nos implicamos con más intensidad en determinadas artes, pues algún gen de algún antepasado está influyendo desde nuestro ADN —aportó Sophie, que ahora buscaba en su memoria a quién se podía parecer ella.

—Sophie, Pam, me gustaría conocerlos mejor. ¿Quién se anima a explicar sus orígenes? —propuso Alexander, estirando su copa para brindar con las dos.

—Pues prestad atención, porque os contaré mi historia —estaba deseando de relatar Pamela—: La cuna originaria de mi árbol genealógico se remonta a finales del siglo XVI, en España. Ahora os explicaré por qué, cuando contaba con solo 10 años, nos trasladamos toda la familia a vivir a Detroit. Tenemos un clan enorme de tíos y primos lejanos que, desde Bolivia, mi país natal, se extendieron por tierras norteamericanas buscando un futuro mejor.

—¿Tiene algo que ver la colonización con tus raíces españolas? —preguntó Sophie, acordándose de una novela que había leído llamada “Amor más allá de la vida”, donde se relataban las expediciones colonialistas a tierras bolivianas donde se extraía de sus minas algo muy valioso, la plata, a costa de un gran sacrificio humano.

—Así es, amiga —afirmó Pamela, y continuó—: Dada la ambiciosa empresa que la Corona

española tenía con las colonias en las "Indias", mis antepasados dieron el paso al Nuevo Mundo probando fortuna en la próspera Bolivia, donde las minas de Potosí proporcionaban el 45% de las riquezas a España con la plata que de allí salía. Se destinó este aporte económico a la península ibérica para que los reyes pudieran pagar los créditos a los bancos, los cuales les ayudaron con los gastos del imperialismo. Aparte, tenían que pagar a comerciantes holandeses e ingleses, que enviaban manufacturas y alimentos al *Nuevo Mundo*.

—¡Qué manera de explotar las tierras conquistadas! —acentuó Alexander, totalmente indignado.

—Recuerdo que, muchas noches, en medio de las tertulias que amenizaban nuestros encuentros familiares, escuchaba relatar las proezas de mis abuelas y bisabuelos, y no he podido olvidar a lo que hacían referencia. Ellos estuvieron presentes en lo que realmente sucedía en esas minas. que ayudaban a los esclavos nativos de Bolivia, aquellos que enfermaban y sufrían quemaduras en las manos porque sostenían las velas encendidas en ellas, sujetándoselas con unas tiras de tela para que no se les cayesen y pudieran trabajar extrayendo el mineral sin parar, sufriendo el abrasador chorro de la cera derretida y el calor constante en su piel despellejada.

—Es espeluznante lo que se ha llegado a hacer por conseguir beneficios a toda costa, sin compasión ni respeto al prójimo —comentó Sophie, realmente indignada ante la desgraciada historia de tantos hombres sometidos a viles ambiciosos sin ápice de humanidad.

—Aquellos "esclavos" de las minas de Potosí no llegaban a sobrevivir más de siete años, si es que sobrevivían. Sobre las espaldas de sus cuerpos magullados por el sobreesfuerzo, cargaban en una manta anudada al hombro quilos y quilos del pesado mineral, exhaustos y atormentados ante la posibilidad de ser los próximos en morir bajo los continuos derrumbamientos. —Pam simulaba con sus brazos el sobrepeso que debían cargar y siguió contando—: De cada 10 que entraban, solo 3 salían. Tenían por obligación trabajar una semana cada tres, hasta que por fin pudieron ser contratados en mejores condiciones con un mínimo salario. Cuando ya la mina dejó de ser fuente de riqueza, solo se recogía estaño y la población dejó de tener el auge acostumbrado.

Alexander y Sophie seguían comiendo, mirando de cuando en cuando a Pamela, dejando de masticar en algunas ocasiones para centrarse en cómo comentaba los detalles tan escalofriantes de todas esas vicisitudes. Pamela apenas probaba bocado. Algunos brotes de ensalada iban bailando con su boca hasta golpear con el paladar y ser aspirados hasta la garganta. Parecía que, de un momento a otro, la ensalada regresaría de su interior para volver al plato, harta de no ser paladeada.

—Entonces, ¿qué crees que pueda relacionarte con esa chica, con Maya? —intrigó Alexander, queriendo llegar al quid de la cuestión.

—Su nombre figura entre mis antecesores. Para que lo entendáis, os refiero a lo que he podido averiguar buscando entre documentos históricos que relacionaban determinados acontecimientos con los apellidos de mi familia. Cuentan, en la parte de familia española que corresponde a mi pasado genealógico, que, por el siglo XVII, uno de sus miembros era un almirante encargado de las minas de Almadén, (Ciudad Real) donde se llevaba a cabo la extracción del azogue\*<sup>[3]</sup>. Cuando obtenían la plata de Potosí, la mezclaban con el mercurio hasta forma una amalgama y, tras dos meses de reposo esta mezcla, en lugares aireados, se pasaba por agua hasta eliminar las impurezas, se fundía y el resultado ofrecía de una gran pureza a la plata, así como el mercurio sobrante se volvía a emplear en otras amalgamas. Y ese almirante, llamado Isore, liberó a muchos de los esclavos que también trabajaban en míseras condiciones en tales minas castellanas, en las

que apenas se podía respirar, y se jugó la vida al velar por sus vidas. Cuentan que le fue encomendada una extraña misión, la de perseguir a quienes estaban condenados por la Santa Inquisición por saltarse las leyes divinas, desobediencia y prácticas propias del diablo, quizá como represalia ante su benevolencia con los esclavos de las minas de mercurio de las que él se ocupa en vigilar. Por lo visto, debía perseguir a una mujer. La consideraban bruja, pero él descubrió que no era más que una sabia conocedora del poder de las plantas y de los remedios naturales. Por eso, y porque se enamoró de esa bella dama vasca, de espíritu libre y arriesgado. Y esa mujer se llamaba...

—Maya —acertaron Sophie y Alexander, al unísono.

—Exacto. De todos modos, si os he traído hasta aquí, es porque sabía que iba a encontrarla. Y, en cierto modo, me apetecía conocer este emblemático lugar, donde espero que también estéis disfrutando tanto como yo.

—No sé, no sé si nos hemos vuelto los tres, pero no me arrepiento de este viaje —añadió Sophie, dejando que su risa ahogara las palabras que no acertaba a pronunciar.

—Pamela, yo soy un alma errante, por mí no te preocupes. Me venían bien estas vacaciones. Me paso la vida viajando, de avión en avión. Esto ha sido un paréntesis necesario. Creo que la vida nos ha escogido para soltar amarras y descubrir que hay algo más que lo que solemos hacer de rutina —opinó Alexander, con sus manos cruzadas mientras apoyaba sus codos sobre la mesa.

Los cubiertos volvieron a chocarse con los platos, y ninguno de los tres emitió palabra alguna. Se quedaron reflexionando cada uno y mirándose de cuando en cuando para compartir la afirmación que acababan de expresar. Manifestaban su acuerdo en estar en ese lugar en ese preciso momento.

Antes de acabar el postre, que consistía en un flan acompañado de su nata y caramelo, Alexander salió un momento al lavabo y después, al volver a la mesa, agarró por el brazo a Pam y la indicó un pasillo por donde tendría que ir para recibir una llamada urgente. Era el teléfono del Hotel. Marc se ocupó de localizarla para avisarla de algo que le tenía muy preocupado.

Salieron juntos, dejando a Sophie en la mesa, entretenida con algunos miembros de la excursión que le estaban mostrando fotos de sus cámaras. Alexander y Pam cruzaron el comedor esquivando a los comensales y, una vez en el pasillo, Pamela le preguntó:

—¿De quién se trata? ¿Me habrán localizado desde Detroit?

—No, no son los del sanatorio, ni la policía ni nadie al respecto. Es Marc, el profesor del instituto, que tiene algo importante que decirte, está esperando tu llamada. Por suerte, al ir al lavabo, he visto cómo preguntaban por una tal Pamela Salazar, y antes de que emitieran el aviso por el altavoz, les he dicho que ya venías y yo mismo he cogido el móvil. Toma, contesta.

Pamela cogió el móvil, solo tenía que ponérselo al oído.

—¿Marc? ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame! ¿Estás bien?

—Pamela. ¿Estás al lado de Alexander? Si es así, no digas nada, pero apártate para poder hablar sin que te escuche.

—Sí, Marc, esto es precioso, desde la ventana ahora mismo contemplo un maravilloso atardecer... —disimulaba ella mientras se apartaba de Alexander

—Muy bien, Pamela, ahora respira hondo y escucha lo que te voy a decir...

—Sí, no os preocupéis, si no come hoy *Misha* será porque me extraña, pero si le das un poco de pescado mezclado con su comida, seguramente se la comerá —seguía interpretando como una gran actriz.

—Perfecto. Bueno, espero que no sea tan grave como parece el asunto que te voy a comentar

sobre Alexander, pero es que hemos descubierto tu hermana, y yo una cosa sobre él.

—¿Mi hermana? ¡Pero si no le conoce! —advirtió ella.

—Verás, tu hermana me llamó para que supieras que los ocupas de la casa de los vecinos donde ella vive han establecido otro cuartel general, y por desgracia ha sido en su propia casa, y que no sabía a quién acudir, no se quería ir a un hotel, ya que prácticamente esos chavales se han hecho dueños de su vivienda, así que Janet se ha instalado en tu casa. La he acompañado hasta tu piso y Paola, que tenía tus llaves para cuidar a tu gata, se las ha dado a tu hermana. Ahora lo cuida Janet —relataba Marc, poniendo al día a Pamela—. La he intentado ayudar y me he ofrecido, incluso, para ir a echar a esos indeseables.

—¡Qué mal trago para mi hermana! ¡Y todo por ir a estar conmigo! Lamento que esos delincuentes, porque no tienen otro nombre, la estén haciendo la vida imposible. Menos mal que estás ahí. Gracias, Marc, eres todo un ángel, espero que puedas echar a esa gentuza de allí, pero no sé si lo conseguirás. Llevas todas las de perder. De todos modos, has hecho lo mejor. Que se quede Janet en mi piso hasta que se resuelva todo. Pero ¿qué tiene que ver Alexander en todo esto?

—Janet me habló de una organización que decía poseer un gran poder para cambiar el destino de las personas, para favorecerlas. No sé si te sonará, se llama “*No sin ti*”.

—Sí, la conozco. No quería decírtelo, Marc, pero su ideología puede acabar con toda la mezquindad de esta sociedad. Ya sabes quién domina el mundo y con qué fines. Mi hermana no habrá llamado a los de esa secta, ¿verdad?

—No, no ha contactado con ellos. A ella no le hacen mucha gracia. Pamela, te aseguro que no son de fiar. He oído hablar “no precisamente muy bien” de esa secta. Pero escucha, por favor, y no digas nada a Alexander.

—Dime, dime, va a venir hacia aquí, le veo venir, ¡corre, dime!

—Janet me enseñó un libro publicado por esta organización y Alexander está muy involucrado. ¡¡Es uno de ellos!!

En ese momento, Alexander se acercó a Pamela, al verla preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó Alexander.

—Sí, es mi hermana... Ocupas en su casa..., eso es todo —susurró ella.

—Pásame a Marc cuando termines. Quiero darle una idea al respecto —dijo Alexander señalando con su dedo su propia frente, en señal de haber tenido una gran inspiración en la solución del conflicto de Janet.

Pamela miró ahora a ese hombre que antes le parecía un gentleman ávido de aventuras, girando en 180 grados lo que había conceptuado de él, para empezar a sospechar seriamente qué clase de persona era. ¿Un espía de la organización? ¿Un fanático? ¿Su encuentro no fue fortuito? En su cabeza se replantearon muchas escenas intentando entenderlas desde otra perspectiva: El parking donde él la intentó socorrer de su ataque de pánico..., el rescate en la clínica..., su continua presencia desde que todo en su vida empezó a cambiar...

Alexander cogió el móvil que ella le ofreció una vez se despidió de Marc, y se fue alejando hasta llegar a la puerta del albergue.

Sophie estaba en el mostrador de la cafetería, tomando una infusión. Pamela la abordó, con el espanto en su mirada.

—Sophie, debemos coger un taxi y salir de aquí. Alexander no es la persona que pensábamos...

Sophie pensó que Pamela estaba de broma, por lo que no le hizo caso, siguió moviendo con la

cucharilla la bolsa de manzanilla en el vaso lleno de agua, como si fuera lo más importante por hacer en esos momentos, diluir la esencia de las hierbas hasta teñir por fin la transparencia, cosa que costaba en conseguir, por lo que hizo seña a la camarera para que le pusiera otra bolsita. Mientras tanto, iba mordiendo los labios para no dejar escapar la risa que esa broma le producía.

Entonces, Alexander volvió a dirigirse a ellas, con la típica sonrisa de quien lo tiene todo absolutamente controlado y planificado.

—No te preocupes, Pamela, he llamado a unos contactos, y en unas horas la casa de tu hermana quedará libre —dijo triunfante Alexander.

—Vaya, me dejas asombrada. Ni que fueras James Bond —alegó con cierto sarcasmo. Sin embargo, se arrepintió y cambió su actitud—. Gracias, eres todo un ejemplo de humanidad.

De pronto, algo pasó por la cabeza de Pamela, una idea que podría dar explicación a la figura de Alexander en todo ese dilema: La organización ponía a disposición de los miembros nuevos a “guardianes” para facilitarles la nueva vida, de ahí el logo de su grupo: *No sin ti...* Otra cosa no podía ser...

Sophie fue a su habitación, esperando que Pamela la siguiera para ponerle al corriente de ese repentino descubrimiento acerca de Alexander. Aunque lo que verdaderamente deseaba era otra cosa, y marcharse sin ese hombre, ahora que resultaba aún más enigmático, no entraba en sus planes.

Pamela acabó por divisar a Maya, y se entretuvo con ella hablando. Alexander se quedó hablando con las chicas de la barra, para arreglar los pagos que habían realizado entre los tres equitativamente.

Las dos, Pam y Maya, charlaron sobre algunos detalles que referían a determinadas rocas situadas en esos parajes que parecían obra de alguna civilización, que no podían ser producto de la erosión. Pero a Pam le interesaba la historia de esa chica, porque ya era sabedora de esas suposiciones, gracias a ciertos videos que seguía en Youtube de un chico que había entrado en las mismas entrañas, por túneles, y había fotografiado tales estructuras rocosas, que podrían romper el “paradigma arqueológico”, según sus propias palabras.

—Me gustaría que leyeras un libro —propuso Maya entusiasmada—. Lo he escrito basándome en los recuerdos de mis primeros días en estas montañas.

Maya abrió la página de amazon y enseñó a Pam su libro en formato digital así como en papel, con el título de “La civilización astral”.

—Gracias, estaré encantada de leerlo. En mi familia somos grandes lectoras, incluso Janet, mi hermana, es escritora, a ella también le gustaría conocer tu historia. Pero aquí figura otro autor, Michael Collins. No veo Maya por ningún lado. —Pamela buscaba alguna referencia a su autoría y le extrañó que ese libro no tuviera su nombre.

—Es mi pseudónimo. Michael Collins soy yo. Me gusta pasar desapercibida y publicar libros sin tener que defender mis teorías entre mis conocidos. Pero sé que tú entenderás todo lo que narro en estas páginas.

—Es un honor.

Lo ojeó por encima, pudiendo comprobar que en él se incluían pasajes sobre las energías telúricas; las distintas manifestaciones naturales que en el paisaje hablan sobre el paso de una corriente energética positiva o negativa; las claves para orientarse en la montaña, el emplazamiento de las ermitas y las condiciones en las que están para ofrecer o no albergue; la fauna y flora que componen el paisaje de Montserrat, así como las cuevas que albergan en su

interior, estalactitas y estalagmitas; y un sinfín de conocimientos que solo estando en pleno contacto con la montaña se pueden adquirir. Incluso se hablaba sobre el secreto de las pirámides. Pero no quiso entretenerse en mirar todos los capítulos. Ya lo haría con detenimiento después, antes de dormir.

Se notaba que Maya intentaba establecer un puente con Pamela, quizás también movida por lo que tuvieran en común.

—Cuéntame, Maya, ¿tienes hermanos, hermanas?

El silencio de los labios de la joven de exóticos rasgos formó una nube que, cual pantalla de cinemascopio, iba proyectando imágenes, recuerdos. Se perfilaba en esa visión de secuencias del pasado algún rostro. El de su padre, con el gesto triste ante una vela que encendía cada 20 de mayo. Y es que ese día seguía celebrando el cumpleaños de su esposa, a la que perdió en un trágico accidente de tren cuando iba a visitar a su otra hija, fruto de un anterior matrimonio. Maya nunca quiso saber acerca de esa persona que había nacido en el mismo vientre pero de diferente padre. Era como una maldición siquiera mencionarla en su casa. Su padre echaba la culpa de la pérdida de su esposa a esa otra joven que para él era una perfecta desconocida.

—Tengo familia en Detroit, como te he dicho, cuyo apellido es Salazar, pero no he llegado a conocerles. Mi padre, cuyos abuelos eran asiáticos, de ahí mis rasgos orientales, me trajo hasta España, él murió hace ya tres años. Desde entonces no he parado de viajar, pero precisamente no he ido nunca a Estados Unidos.

En ese momento, los grupos se iban encaminando a la salida nocturna. El revuelo hizo que la conversación acabara por deshacerse y lo que iba a resultar una esclarecedora charla, se esfumó entre los empujones y el tener que sortear a todos los curiosos que iban a intentar avistar ovnis y poder contarlos después.

—Maya, debo marchar, me esperan para reunirnos con todos en la explanada. ¿Te vienes?

—No, no suelo ir a esos encuentros, pero gracias...

Sophie buscaba a Pamela por las escaleras que daban a las habitaciones. Entró en la suya y se puso algo para no resfriarse. Estaba empezando a bajar la temperatura a pasos agigantados. Seguramente se arrepentiría si sintiera el helor justamente en medio de alguna explicación interesante. Aunque su gran incógnita estaba muy cerca de resolverse, por lo que no podía forzar la situación, sino dejar que todo cayera por su propio peso hasta desentrañarse la gran verdad que se escondía en Maya, en Alexander, en la sociedad No Sin Ti...

Sophie llamó a la puerta de Pam, también se había puesto una chaqueta. La gran noche las estaba esperando.

—Será una noche inolvidable, ya lo verás —exclamó Pamela, tratando de sacar la parte positiva de todo lo que estaba aconteciendo.

—Eso espero, aunque no te aseguro que no me quede dormida —dijo bostezando Sophie

En la explanada no estaba Alexander, le habían perdido de vista desde que le vieron por última vez abonando el importe de los gastos del hotel. Era extraño, aunque quizás estuviese resolviendo el tema de su hermana desde su habitación. Parecía, por momentos, el “*ángel de la guardia*”; y, por otro lado, el supuesto diablillo que enreda el destino de las personas.

Le apetecía caminar un poco y despejar sus dudas y temores. Sophie se quedó con el grupillo de los aficionados a la fotografía, los cuales habían instalado una pequeña tienda de campaña donde estirarse un poco hasta que avisaran de algo interesante para ver en el cielo.

Pamela iba preguntando a algún miembro del grupo que encontraba por el camino, acerca de Alexander, pero tampoco le habían visto.

La explanada en la que se encontraba ahora quedaba a una corta distancia del hotel, por lo que solo tenía que ascender por unas escalinatas. Después siguió un pequeño sendero, a cuyos laterales se alzaban unas barandas de madera, y enseguida llegó hasta una especie de plaza por lo llano del terreno, donde destacaban unas rocas gigantes con formas casi humanas. En la oscuridad se apreciaba más esa similitud y, a la luz de una tímida luna que se asomaba entre las nubes, todo parecía presagiar que estaba en el lugar adecuado para que se produjeran esas especiales sensaciones que habían comentado en el autobús...

Todo se volvió especialmente mágico... El aire traía un mensaje de absoluta paz... Era todo tan etéreo...

Se aproximó a la roca que hacía de balcón, en su extendida y plana invitación, buscando el recodo de la roca que le permitiera descansar y disfrutar de esa agradable sensación...

Allí sola, fundida en la inmensidad del paisaje, se dejó llevar por la magia del momento, y cerró los ojos con absoluta entrega.

Una ola expansiva de liberación total la hizo ascender hacia un cielo infinito, donde veía sin ojos, palpaba sin manos, escuchaba sin oídos... Era pura Conciencia.

Supo, en ese instante en el que el tiempo se detuvo, que había sido víctima de una manipulación, que aquella organización “*No sin ti*” realmente intentaba confundirla. Porque, ante la gran verdad de la vida que tenía ahora delante, se dio cuenta de que no hay más líder al que seguir que al Ser divino que envuelve a toda la Creación, que se encuentra dentro de cada uno, que yace dormido hasta que una vibración poderosa, como la que emergía de esas Montañas, lo despierta.

“*Ahora me reconozco*” “*Soy mi verdadero Yo*”, se dijo a sí misma, recobrando la integridad completa en mente, cuerpo y espíritu.

“*Reconozco mi verdadero Yo*” —*afirmó en sus adentros.*

# Capítulo 11

Es noche de luna creciente, en la claridad de una despejada llanura rodeada, en todo su contorno, por la frondosidad del bosque.

Una mujer va descalza, con la vaporosa melena suelta de color castaño oscuro que cubre, como una capa, sus hombros y espalda, deslizándose sobre una suave piel bronceada por sagrados baños de sol.

En su piel destacan los grabados con tinta de flores que adornan sus brazos, piernas y frente, además de un colgante que para ella tiene muchísimo valor, dado el curioso misterio que se cierne sobre él y que dará respuestas a todas sus preguntas en la incesante búsqueda de la verdad sobre su propio origen.

El colgante, un ala de mariposa de azabache, es plano, con un grosor de un centímetro más o menos. Tiene una forma irregular combinando, en su aspecto triangular, un lado ligeramente curvo junto a los demás rectilíneos, en un pulido y armónico acabado.

El vértice más estrecho es el que posee la perforación, por la que un pequeño aro facilita el paso de una tira de cuero por la que se suspende la joya del cuello hacia el pecho. Una de las caras, la que resalta, dado lo lisa y pulida que es su superficie, está grabada con un símbolo de carácter celta: dos serpientes enroscadas que, en su extremo, dirigen sus cabezas la una hacia la otra.

La brisa transporta el olor a tierra mojada, lo que le produce agradables sensaciones que hablan sobre su niñez, recuerdos de risas y bailes bajo el manto de estrellas de reuniones con los miembros de la aldea.

Esos maravillosos momentos formarían parte de la educación que sus padres procuraron darle para que pudiera convertirse en la persona que es hoy, una mujer con plena seguridad en sí misma, dotada de amplios conocimientos sobre autosuficiencia y una armónica relación con el entorno.

Le encantaba aprender a través de ellos y otros miembros de la aldea las señales que ofrece la Naturaleza así como la posición de los astros y su correspondiente influencia en las cosechas, en la funcionalidad de las hormonas del organismo humano, tan sensible al acercamiento de la luna y otros planetas si establecían una precisa alineación en la misma recta que el sol..., teniendo siempre presente al “cielo” para llevar a cabo sus proyectos en la “Tierra”.

En el preciso enclave en el que se sitúa, uno de los laterales del macizo de Montserrat, puede aún ver, entre gigantescas y monumentales elevaciones kársticas, la grieta delatora de lo que antaño pudo ser la puerta a un pasaje secreto que nadie osó reconocer, dado el difícil acceso al que solo ella sabe cómo traspasarlo.

Maya, la bella joven solitaria, sonrío al percibir por sus fosas nasales el aroma a leña en el fuego. Ese estímulo olfativo la lleva hipnóticamente hasta el lugar de donde viene: la “llar de foc”<sup>[4]</sup> de una de las ermitas de la montaña.

Mario la espera dentro, colocando ramas y hojas secas sobre las recientes llamas, sabiendo que así la hará regresar.

No es la única noche en la que ella se deja llevar por el influjo de la luna; siempre que brilla el resplandeciente reflejo lunar coronando el firmamento repleto de estrellas, sale a celebrar una

ofrenda a sus antepasados, siguiendo a la que ella llamaba “la nube blanca”, que le señalaba el camino.

Maya conoció a Mario en esas mismas montañas.

Un día de invierno, Mario, que iba como guía con un grupo proveniente de China, mientras ayudaba a los excursionistas a pasar por una peligrosa y resbaladiza pendiente, se fijó en ella... Maya había venido con el grupo.

Le atrajo su especial exotismo, entre el calor y la fuerza del fuego y el viento, entre oriente y la América salvaje, y con un halo de gran belleza que se adueñó de su corazón nada más verla. Entonces, cuando se reflejaron el uno en el otro al mirarse, supieron al instante que estaban hechos el uno para el otro.

Aún recuerda las palabras que intercambiaron aquel primer día de su maravilloso encuentro:

—“*Thanks, you are very agile for these mountains*” “*Wherever I have been I have not found this care, but I do not need it, thanks.... help others, I will try for myself.*”\* —dijo ella

\*Quería expresar así que apreciaba la agilidad de Mario y su facilidad en desenvolverse en agrestes barrancos y paredes de piedra, pues subía con facilidad a las altas cimas sin apenas esfuerzo. También expresó su admiración ante su predispuesta actitud de apoyo al resto del grupo, ya que se deshacía volcándose para que todos disfrutaran de la expedición procurando que no se lastimaran y no sufrieran ningún accidente. Sin embargo, añadió Maya que no se preocupara por ella, que ayudara a los demás, pues ella ya tenía suficiente cuidado. Y le agradeció todo lo que estaba poniendo de su parte.

—“*I keep it in mind, but you really should be careful and be prudent right on this part of the trail. It's very dangerous!*”\* —contestó él

\*Mario le decía así que lo tenía en cuenta, pero que realmente debería tener cuidado y ser prudente justo en esta parte del sendero, pues era un sitio muy peligroso.

—“*What is dangerous for you?*”\*

—\*¿Qué es peligroso para ti? —Desafió Maya y, de un salto estilo “puma”, se izó entre las rocas con sus extremidades femeninas pero fuertes.

Juan quedó impresionado de la elegante y sigilosa manera de caminar de Maya, que además demostró tener una fuerte personalidad, propia de toda una mujer segura de sí misma.

Los participantes de aquella excursión iban reclamando la ayuda de Mario, y apenas en unos minutos ya se encontraban todos en el punto estratégico donde les explicaría algo que no se podían ni imaginar...

Todos le miraban a esperando que desvelara lo que habían querido oír desde que iniciaron su viaje en Beijing... Cada uno había querido participar por diferentes razones.

Había un matrimonio celebrando su viaje de novios en el que se incluyó “Montserrat” entre las rutas de su itinerario europeo marcado por la agencia de viajes. Eran los que apenas escuchaban las explicaciones de Juan, pues el único paisaje que querían contemplar era el de su estrenado enlace nupcial. No paraban de demostrarse afecto, siempre cogidos de la mano, muy pendientes el uno del otro.

También había un grupo de estudiantes de Historia, de la Universidad de Beijing que su afán era sacar fotos a todo, hasta de las huellas de algún animal como la jineta, o jabalí, así como los nidos de algún reyezuelo, tordo e incluso el avistamiento de algún halcón peregrino.

A Mario le llegaba a molestar esa manía por capturar en pantallas el recorrido, y más de una vez estuvo a punto de requisarles las cámaras pues más bien parecía que quisieran llevarse algo que ni ellos mismos se habían molestado en sentir. El verdadero espíritu de la montaña.

Por ello, nada más ver a Maya, supo que aquella excursión prometía tener al fin el auténtico objetivo de la visita: ella parecía integrarse plenamente en ese espacio, captando su magnetismo al igual que él había captado el de ella.

Estaban en un enclave desde el que fácilmente podían ver la aguja más alta y esbelta de Montserrat conocida como *Cavall Bernat*.

Señaló los alrededores demostrando que no había otras formaciones similares, dado que solo en ese lugar se daban las caprichosas formas del conglomerado que todos esos sedimentos elevados como dólmenes habían emergido como dedos que apuntaran al cielo.

Maya interrumpió para preguntar algo que le dejó perplejo:

—¿Y por qué la erosión del viento está dirigida hacia el lado contrario al mar? Una orientación de sus agujas este-oeste...

Juan la miró anonadado; ella estaba subida a una roca donde el más mínimo descuido podía hacerla precipitar al vacío. Señalaba, con la mano de su brazo izquierdo extendido, la clara inclinación de los voluminosos “capuchones” de roca, haciendo una línea en el aire paralela a su trayectoria, demostrando así que realmente esa dirección era hacia el este de la península. Él aclaró su duda refiriéndose a la dirección de los ríos por aquellos tiempos remotos. Entonces, Maya bajó en unos movimientos gráciles y se situó delante de él. Sus ojos se derramaron en miles de transmisiones que se precipitaron en una y otra dirección. Estaban haciéndose el amor con la mirada. Porque sentían que los dos producían cierta confluencia energética cada vez que se comunicaban, cada vez que se expresaban, cada vez que aterrizaban en el mismo pensamiento: se necesitaban. Antes de conocerse, no habían experimentado lo que era vivir sin esa otra persona que te complementa, porque nunca supieron lo que se sentía al tenerla cerca. Pero ahora ya lo sabían, y no volvería a ser lo mismo. Ya no. De lo contrario, añorarían el resto de sus vidas ese estado que se generaba cuando fluían en una sinergia al verse, mirarse, tocarse, amarse.

La excursión prosiguió y llegó el momento de contar la leyenda tan esperada.

*Las bolas de luz...*

“21 de febrero de 1345. Se vivía un gran conflicto entre el obispo de Vic y los habitantes de Manresa, que pretendían construir una acequia desde el río Llobregat hasta Balsareny y poder así regar sus cultivos faltos de agua. El obispo se negó por defender sus intereses y solo accedió tras ver una impresionante luz en la iglesia del Carmen de Manresa.

Tres bolas de luz entraron por los ventanales de la iglesia. Sin romper los cristales, entraron en el recinto. Se quedaron fijas esas lucen ante la capilla de la Santísima Trinidad.

Desde allí, se unieron en una sola bola hasta la nave central.

Y salió despedida hacia Montserrat. Algunos dicen que fueron rayos globulares que no estallaron.

Para el obispo, fue una señal del cielo, que manifestaba el deber de favorecer a los agricultores”.

La pareja de enamorados ni siquiera advirtió esta curiosidad, no dejaba de atusarse y propinarse demostraciones de amor.

Los otros estudiantes empezaron a disparar fotos en plan ametralladora sobre Mario, intentando capturar todo ese emocionante momento.

## *Pamela*

Desde hacía un tiempo que Pamela había querido investigar sobre una chica que escribía sobre lugares emblemáticos, donde se alejaban los temores, se elevaban los mejores pensamientos y, en definitiva, donde emergía salud y bienestar.

Prácticamente su trabajo en el instituto había concluido, excepto la orientación de Oliver, el chico al que veía torturado por el sistema y posible víctima de la derrota personal que convierte la frustración a toda alma sensible y martirizada.

Entre las metas que se había propuesto, una de ellas era la reeducación de ese chico, al que nada más verlo le produjo un gran instinto de protección. Le veía como a un animal enjaulado, con todo el torrente de vitalidad frenada y continuamente inducida a ser liberado a través de la violencia, pues era lo que le enseñaron los compañeros del correccional en el que estuvo durante años.

Otro de sus sueños era ir a conocer esa joven.

Buscó su dirección, pero solo consiguió la de la editorial que publicaba sus artículos.

G.V.C Readers. C/ Marina, 12

08025— Barcelona Spain

Al escribirles para pedir referencias sobre ella, le mandaron un sobre con la información relativa, facilitando así ponerse en contacto con ella mediante el departamento de Aire Libre y Bienestar de la Generalitat donde ella trabajaba.

No fue fácil dar con ella, pues no incluía sus datos en ningún artículo periodístico. Lo único que captó su atención y que pudiera darle una idea de su paradero, eran las continuas referencias al Monasterio benedictino de Montserrat donde, en habituales excursiones, había experimentado esa clase de energías curativas que llegan a beneficiar tanto al ser humano.

Tal inclinación hacia esa chica poseía cierto cariz familiar. Era una necesidad que se convertía en obsesión. Quería ir a conocerla y comprobar que realmente el mundo tiene esperanzas con personas como ella, volcada en hacer conocer todo lo que se puede hacer para que cambie para bien nuestro destino, a través de la descontaminación y la recarga de energía vital.

Se veía obligada a conocerla pues participaba de sus ideas, pero no sabía cómo llevarlas a la práctica, tan solo había conseguido ir en contra de lo que estaba perjudicando a la gente, pero con esa actitud solo consiguió que se la quisieran quitar de en medio.

## Capítulo 12

Varios coches aparcaron frente al albergue.

De uno de ellos salió un personaje muy singular: ataviado con un traje demasiado elegante para la ocasión, llamaba exageradamente la atención.

Podrían ser representantes de alguna asamblea política, que fueran allí para reunirse con los monjes y establecer los porcentajes de la reconstrucción de algunos albergues, pero no era el caso.

Los demás coches, todos ellos de azul oscuro metalizado, apagaron las luces, y de ellos empezaron a bajar los 9 ejecutivos en total, que más bien parecía que iban al casino.

Se dirigieron a la parte trasera del albergue, donde alguien les estaba esperando.

Esa persona, tapada con una especie de capucha, abría una especie de trampilla por la que iban bajando los señores del traje negro. Les ayudaba a pasar a una especie de túnel, que nadie, al menos en todo el albergue, sabía de su existencia.

Varias antorchas iluminaban el secretismo de esa estancia. En un espacio circular del túnel, se dispusieron en torno a un símbolo que se situaba en el mismo centro.

Grabadas en la piedra que ocupaba el eje, se podían interpretar las siglas de una sociedad secreta: NST

La persona que llevaba la capucha salió un momento y reapareció después llevando casi a rastras a una joven: ¡era Sophie!

Lloraba medio aturdida, pues seguramente había ingerido alguna sustancia en su infusión que le provocó cierta somnolencia hasta perder el sentido.

El hombre de la capucha colocó a Sophie junto la pared, echándola boca arriba.

Los demás sacaban unos papeles de sus bolsillos y comenzaban a leer en voz alta su contenido.

—Nuestras normas son inviolables, nadie puede poner en peligro nuestra asociación.

—Si alguien descubre nuestra identidad, nos vemos obligados a reparar ese error.

—El culpable de dejar que sea identificado como miembro de NST debe hacerse cargo del presunto delator.

—Ambos serán expulsados de inmediato de la sociedad.

El acento denotaba que claramente era español y su inglés era pulcramente correcto, pero tan perfecto que su expresión estaba tamizada por una academia de aprendizaje más que de un nativo propiamente, que, aún afinando el idioma, siempre incluye alguna inclinación mórfica en el lenguaje.

Alexander entendió que había llegado la hora de abandonar el cometido asignado: Incluir a Pamela en la base de la Nueva Colonia que NST, “*No sin ti*”.

—¿Qué pasará con Pamela ahora? —se interesó Alexander.

El silencio se adueñó de la cueva. Sophie yacía en el suelo inconsciente, libre de perjudicar a la organización de momento. No identificando a ninguno de ellos, aún estaba “a salvo” de ser eliminada o no, según sus intereses ocultos. Pero si llegaba a despertar..., no sabía de lo que serían capaces de hacerle; y tampoco estaba seguro él mismo, Alexander, de que le dejaran irse así como así...

—Pamela será conducida a la base, como ya habíamos programado. Ahora mismo estará convencida de formar parte del nuevo proyecto colonial, ¿no nos lo habías anunciado así, Alexander?

—Claro, está preparada. A su alrededor ya no encuentra sentido para seguir en el “sistema” — anunció Alexander.

—Alexander, te liberamos de tu compromiso. Ya no nos debes nada. Tu contrato y deuda con nosotros se ha extinguido. Pero, por tu bien, sella tus labios y no permitas que el plan se arruine o te arrepentirás —le advirtió el líder.

—Cumpliré mi pacto de silencio, tal como he cumplido hasta ahora. Pero dejad que me lleve ya a Sophie antes de que despierte.

—No creo que lo haga tan pronto. La infusión era lo suficientemente potente para permanecer toda la noche inconsciente —interrumpió uno de ellos.

Alexander recordó que Sophie solía añadir agua a las infusiones, retirando la mitad del contenido para que, al mezclarlo con agua fría, la pudiera tomar sin quemarse.

El efecto del brebaje no sería tan efectivo y en cualquier momento podría despertar.

—Os ayudaré a conducir a Pamela hasta la Colonia. Sin mí no podéis hacerlo —continuó Alexander.

Intentaba así salvarse, pues ahora tenía dudas sobre el verdadero propósito de ese brebaje administrado a Sophie sin que esta se hubiera dado cuenta. Puede que la quisiesen muerta, y a él quizás lo harían desaparecer como si fuera uno de tantos casos de excursionistas que se desorientan en la montaña mágica de Montserrat y ya no se vuelve a saber más de ellos.

—Si no conseguimos que Pamela venga por su propia voluntad, será a través de otros métodos. Ella ha firmado un acuerdo para “educar” a los hijos de la Colonia. Fue voluntaria expresa para acometer esa función y, tras un análisis de sus facultades neurológicas, fue considerada apta para el cargo —Y continuó diciendo el líder, embriagado del fascinante plan y de cómo lo tenían todo controlado—: *Es revolucionaria y no comulga con corruptos, ¡jes nuestra!!* —afirmó, como si fuera un discurso.

Un quejido de mujer rompió en mil pedazos la conversación, centrando toda la atención en Sophie.

Estaba desperezándose igual que Blancanieves, pero, en vez de los 7 enanitos, iba a encontrarse con 9 seres macabros, por el aspecto que presentaban sus caras a la luz de las linternas en aquella cueva tipo catacumba.

Miró horrorizada al que se había acabado de poner la capucha y se imaginó lo peor...

Sophie se levantó como pudo, y vio que la camiseta y el short que llevaba estaban manchados de sangre. Se miró para ver de dónde provenía, pero comprobó que no era suya, que el suelo estaba impregnado de los restos de una pintura rojiza, con la que habrían teñido recientemente las siglas del centro: N S T

—¡Cogedlos! —ordenó el líder.

Alexander se retiró la capucha, sacó una pistola y les advirtió:

—¡No os acerquéis!

—No vamos a haceros nada, Alexander —susurró el líder.

—¿Y cómo explica la serie de desapariciones de varios de sus adeptos? —reprochaba un Alexander totalmente desconocido, apuntando al líder con la pistola, moviendo el arma hacia los demás para mantenerlos a distancia.

—No sé a qué te refieres...

—Muchas personas han acordado formar la Colonia dejando todos sus bienes al fundador, a Mr. Evans, pero después nada se ha sabido de ellas... —aseguró Alexander.

—No pareces miembro de nuestra entidad, ¿quién eres realmente, Alexander? —sonreía sarcástico el superior de la secta.

—Eso no importa, no voy a consentir que sigáis estafando a más gente. Estáis pillados. La policía está avisada. Estáis rodeados.

—¿Qué has hecho, Alexander? —dijo el representante de ese grupo de seres mezquinos que pretendían hacer de Pamela una diseñadora de la nueva raza de “producción humana”, ajena a los mandatos del sistema para entrar de lleno en un pequeño imperio que intentaría extenderse para beneficio de su líder, Mr. Evans y toda su “estirpe”.

Uno de los hombres de traje siniestro aprovechó el momento en el que Alexander miraba hacia arriba intentando escuchar el helicóptero que tenía que haber llegado ya, y de una sacudida tiró la pistola de este al suelo, dirigiéndola hacia su líder que, enseguida, se hizo con ella para apuntar a Sophie, cogiéndola en un rápido movimiento para utilizarla como rehén.

—Si te interesa mantenerla con vida, haz que se vaya la policía, Alexander. Estás a tiempo de arreglar este asunto por las buenas. Te conviene hacerlo, no te vas a pensar que hemos venido solos. También tenemos seguidores de la organización en la policía. ¿O es que no sabes la magnitud de esta...”Red”?

—Sé que sois capaces de todo, con tal de crear vuestro propio mundo. Pero no vais a llegar muy lejos. No soy un simple representante de moda masculina. Soy agente del FBI y ahora mismo vuestra sede está rodeada, tenemos suficientes pruebas para condenar a Mr. Evans por manipulación de voluntades, extorsión y malversación de fondos... —replicó Alexander, enfurecido.

Sophie forcejeaba con su captor, tratando de desasirse de él. Con una patada en su entrepierna, hizo una llave de judo doblando su brazo, de tal modo que le sometió a su merced. Alexander le quitó la pistola antes de que los otros se la arrebataran.

Los hombres siniestros, que antes estaban tan seguros de intervenir en el destino de dos personas, ahora estaban temiendo por el suyo propio y comenzaban a dudar si quedarse o intentar huir.

Tarde o temprano, aquello se convertiría en una trampa sin escapatoria, por lo que algunos se dirigieron hacia la trampilla mientras que otros empezaron a correr en dirección a los pasadizos de la cueva, buscando una salida que diera a la otra parte de la montaña.

Alexander les había preparado esa estancia para celebrar, lo que ellos denominaban, la ceremonia de iniciación.

Esperaban convertir a una “presa” (Sophie) en un nuevo miembro del grupo, sometiéndola a un lavado de cerebro previo. Pero, más bien, la presa eran ellos, el cazador iba a ser cazado...

El tiempo que estuvo ausente, tras la llamada de Marc y el abono de las facturas del hotel, lo dedicó a bajar a la cueva y pintar las siglas en la figura de la estancia central. Después, llamó a la policía anunciándoles que ya tendrían pruebas para apresar a esa organización criminal. Sophie era la prueba evidente de las pretensiones de ese clan: en la analítica de su sangre se hallarían restos de la sustancia narcótica que le provocó el estado de inconsciencia y que era la misma que la que solían aplicar con las demás víctimas que habían encontrado repentinamente muertas en extrañas circunstancias.

No era fácil largarse de esa “secta” o “dictadura”, ya que pretendían dominar al mundo.

Los hombres que salieron por la trampilla rápidamente fueron capturados por agentes de la

policía, que esperaban al otro lado.

Mientras, Sophie y Alexander perseguían a los otros que habían huido por la cueva.

Se adentraron iluminando el camino con las linternas que habían dejado caer los que huyeron por la trampilla, y lo que vieron a unos metros más allá les dejó impactados:

Una cortina de estalactitas y estalagmitas hacía de esa cueva una gran catedral apoteósica.

—¡¡Oooooohhh!!! —exclamó Sophie— ¡¡Es maravilloso!!

—¡¡SSSShhhh, Sophie!!! ¡Pueden escucharnos! —le reprendió él.

En efecto, había uno de los sectarios que aún permanecía escondido entre los pasadizos del túnel y Alexander se abalanzó sobre él mientras Sophie le propinaba patadas y puñetazos. Le tenían en el suelo, a punto de darle una buena paliza, pero él suplicó:

—¡Dejadme marchar, por favor!

—¿Por qué íbamos a hacerlo? Hay que acabar con esto por completo, estáis involucrados por intervenir en este supuesto “secuestro” que ibais a cometer esta noche... —aseguró Alexander.

—Porque también somos víctimas —se sinceró el miembro del clan, que ahora más bien parecía lo que en realidad era: un hombre asustado y acorralado—. Mi vida depende de ellos, solo intento sobrevivir. Pero en absoluto deseo seguir con esto. Aunque, si voy a la cárcel, seré hombre muerto. Tienen contactos que nos harán desaparecer a los que caemos entre rejas.

Sophie miró a Alexander, transmitiéndole la necesidad de liberar a esa persona de esa especie de esclavitud a la que estaba sometido.

—Está bien, haré como que no he podido dar contigo, ¡huye!! —invitó Alexander, tras ver que realmente estaba “manipulado” y que ese hombre deseaba igualmente liberarse del control de un falso “mesías” con aires de grandeza.

Sophie sonrió a Alexander y, al quedarse los dos a solas, se acercó y le dio un abrazo demostrando todo lo que sentía por él.

—¡Sophie, me has salvado! —le dijo refiriéndose a ese mensaje que le envió con la mirada, y la besó en los labios.

—¡Vaya! —respondió ella—, y yo que pensaba que ibas a ser tú mi héroe.

El escenario era idílico, las sombras de las linternas hacían que las figuras que caían del techo de la cueva pareciesen más románticas, los tonos más dorados, los brillos más acentuados, en un pequeño universo donde el susurro del silencio se hacía eco por sus rincones convirtiendo en sagrado instante el despertar de su romance.

—¡Ahora entiendo a Gaudí! —expresó Alexander, abriendo los brazos y girando en torno de sí, extasiado.

—¿El arquitecto de la “Sagrada Familia” de Barcelona? —preguntó ella, sabiendo a lo que se refería.

—¡Exacto! Además de muchísimas más construcciones, ¡Qué genio!

Les interrumpió una presencia que no se esperaban:

Maya había bajado con Mario para conducir a los agentes hacia los derroteros del túnel, pues ellos podrían orientarse mejor, dada su experiencia en espeleología.

—¡Se han ido por allí! —señaló Alexander, apuntando hacia el lado contrario al que marcharon los demás hombres

—No vamos a seguir por aquí, hay peligro de desprendimientos, tenéis que salir rápidamente —aseguró Maya.

En ese instante, comenzó a caer arenilla y volúmenes de tierra del techo, pronosticando un cercano derrumbamiento.

—¡Rápido! ¡Por aquí! —gritó Mario, señalando una vertiente derecha por la que apenas caían escombros.

Se encontraron un pequeño riachuelo al ir descendiendo por una serie de túneles, que parecía que iba a caer en una gran pendiente.

El agua cada vez era más y más extensa hasta que un conjunto de ramales de pequeños chorros provenientes de diversas paredes del túnel iban formando un gran lago.

¡Esto es asombroso! —dijo Sophie, dispuesta a abrazar a Alexander, sintiéndose feliz por vivir una experiencia a lo Indiana Jones.

—De aquí proviene el gran poder de la montaña —dijo Maya—. “El agua transmite esa sensación de bienestar a los visitantes de estos alrededores, nos carga de energía, al igual que nos sucede cuando caminamos a la ribera de un río. Aquí, además, las agujas hacen de antena para elevar estas energías telúricas, absorbiendo las energías cósmicas a la vez”.

Ante tal espectáculo, se podía entender cómo un paraje como aquél podía ser fuente de tantas sensaciones misteriosas y a la vez místicas.

Fueron derivando sus pasos hacia un sendero, entre las paredes del túnel, que les llevó a una obertura de la montaña. El paisaje era fascinante, se divisaban a lo lejos las luces de los pueblos cercanos y la estela que la luna dejaba en los bordes de los salientes de la montaña..., idílico.

Una vez estaban todos fuera, escucharon el fuerte estruendo del helicóptero que se izaba del Monasterio hacia la base aérea de Barcelona.

Maya cogió de la mano a Mario y fue indicando a los demás por dónde tenían que pasar para no caer por el precipicio que se asomaba a su derecha.

Una nube blanquecina apareció ante ellos, formando parte de la magia de esa noche, pero desapareció tal como vino, difuminada hacia las estrellas.

Al llegar al albergue buscaron a Pamela para contarle todo lo que había ocurrido, pero no la encontraron allí, ni tampoco en la reunión de la explanada donde se esperaba algún avistamiento.

Preguntaron a todos por ella, pero nadie la vio.

Preocupada, Maya adivinó dónde podría estar... Hacia donde solían ir las personas que se dejaban llevar por el encanto de esas noches estrelladas.

Les dijo a los demás que esperaran en el albergue por si ella regresaba desde otro sitio, y se dirigió a un refugio cercano desde el que emergía cierto imán energético atrayente.

Descendió un sendero marcado por las huellas de sus zapatillas (Maya reconoció qué calzado llevaba Pamela) destacando el talón bien diferenciado de la suela por un borde demasiado amplio, detalle que le llamó la atención).

Al girar la curva del caminito, vio la pared del refugio y allí aparecía la figura de una mujer apoyada en su pared.

Estaba llorando, sus lágrimas brotaban por sus ojos repletos de verdades descubiertas, de hechos revelados, de arrepentimientos recobrados.

—Pamela, me alegro haberte encontrado, sabía que estabas aquí —susurró con delicadeza Maya.

—Te estaba esperando —musitó Pamela.

—Hemos disuelto la organización en la que estabas, Pamela, ahora todo acabó, puedes volver sin que nadie te pueda hacer daño.

—¿Hemos? No entiendo. ¿Tú sabías todo respecto a ese grupo? ¿Y los demás?, ¿están bien? —se alarmó Pamela.

—Están bien, no te preocupes, ha venido la policía y se han llevado a los que iban a llevarte a

un lugar cercano a Cabo Polonio, donde te iban a utilizar como adiestradora de su... nueva raza.

— ¡Gracias, Dios mío! Mi sueño se ha cumplido, le pedí a las estrellas esta noche que me devolvieran la paz a mi vida y se ha realizado... Es... —sollozó Pamela

—Te entiendo, ¿sabes por qué? —le dijo Maya, dirigiéndose a ella con ternura.

—¿Por qué, Maya?

—Porque yo también pedí a las estrellas podernos reencontrar. Mi madre tuvo una hija a la que nunca llegué a conocer, pero cuando te vi era como si la viera a ella, a mi madre, te pareces mucho, y además te apellidas igual que mi padrastro. Las coincidencias hablan por sí solas.

Las dos se fundieron en un abrazo de hermanas, estrechando ese lazo que el destino las unía en la distancia. Lloraron y rieron, se secaron mutuamente las lágrimas con sus dedos temblorosos y después fueron subiendo para reunirse con los demás en el albergue, mientras la niebla blanquecina las iba siguiendo, envolviéndolas un momento hasta desaparecer en un repentino giro, disipándose hacia el firmamento.

Las dos se quedaron mirando fijamente este fenómeno y lanzaron un adiós a esa extraña nebulosa que las acompañó esos instantes. Sonrieron pero no hablaron jamás a nadie de lo que habían presenciado. Nadie se lo creería, pues la noche estaba completamente despejada.

Alexander levantó el brazo para saludarlas y pronunció sus nombres en alto, de tal modo que Sophie y Mario le pudieron oír, por lo que bajaron de sus habitaciones para ir a recibirlas.

—Bueno, ahora que estamos todos, podríamos celebrar algo —les dijo Pamela.

Brindaron con cava por haber dado fin a las incógnitas y haber disuelto la red que atrapaba voluntades, deseosos de recobrar el ritmo en sus vidas tras tantas tensiones.

—¿Qué habrá sido del hombre que permaneció en el túnel? —cuchicheó Sophie a Alexander.

—No te dije nada antes por no romper el hechizo del momento, ya sabes, entre las estalactitas, pero sé dónde está —susurró Alexander.

—¿Dónde? ¿Se le derrumbó el pasadizo, no? —insistió Sophie.

—No, no... Por donde él iba, solo había una salida, y tampoco se le derrumbó el túnel.

—¿A dónde? ¡Explícate! —decía ya furiosa Sophie.

—Ahora mismo estará en el refugio de las tres cruces, la salida le conducía hasta su bodega, ¡así que puede que también esté celebrándolo! —reía Alexander.

Pamela volvió a Detroit recuperando su vida, pero denunció al instituto por la acción delictiva hacia su persona cuando la internó en aquel centro psiquiátrico, el cual, gracias al testimonio de muchos pacientes y familiares, fue cerrado permanentemente.

Con Marc formó una familia y juntos ayudaron a chicos como a Oliver a confiar en un futuro mejor: promovieron la repoblación de pueblos con subvenciones del gobierno y poco a poco mejoraron la calidad en los sistemas agrícolas hasta permitirles la autosuficiencia.

Siguió coincidiendo con Alexander y Sophie, que habían empezado a vivir juntos en el mismo Detroit. Él había sido el promotor del gran salto a la transformación de Pamela. Desde que le fue encargado hacer de guía en su proceso de cambio, se sentía responsable de lo que pudiera ocurrirle. Y llamaba a menudo para saber de ella.

Escogido por sus dotes de actor, Alexander fue el manipulador de aquel incidente en el colegio, fue él quien se puso una máscara y la amenazó para provocar en ella una reacción de pánico, en la que necesitara protección, pero ese detalle jamás se lo reveló.

Janet encontró su casa desalojada de los ocupas, gracias a la intervención de Alexander y a los agentes de seguridad que llevaban el caso de la secta conjuntamente con el FBI.

Maya y Mario siguen en su proyecto de crear una arquitectura basada en los principios y las

leyes bioenergéticas, procurando la sostenibilidad y salud ambiental. Pero no han dejado de visitar lugares emblemáticos para captar la fuerza que emerge de las entrañas de la Tierra, para seguir la pista del...

*Sendero del Dragón.*

FIN

---

[1] \* GAIA : Madre Tierra, Naturaleza

[2] \*canal del milagro

[3] \*azogue: mercurio

[4] chimenea